

**El Gran Turco y la dinastía otomana:  
familia, sucesión y legitimación.**  
Algunas muertes singulares en la *Crónica de los Turcos*:  
intrigas y razones de Estado en el Serrallo.

Fernando Fernández Lanza

[Fernando.fernandez@uah.es](mailto:Fernando.fernandez@uah.es)

Colección: Clásicos Mínimos, Archivos Eurasia, Mediterráneo  
Fecha de Publicación: 28/04/2015 Y 24/06/2016  
Número de páginas: 38  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del  
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias  
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio  
Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Descripción

---

### Resumen:

Una antología singular de textos sobre la crueldad turca que se convierte en lugares comunes en una “leyenda negra” sobre los turcos en todo similar a la “leyenda negra” sobre la España de Felipe II.

### Palabras Clave

Turcos, Otomanos, sucesión, familia, dinastía, fratricidio, leyenda negra, crueldad,

### Personajes

Sultanes de Turquía y su familia, cronistas europeos,

## Ficha técnica y cronológica

---

- **Tipo de Fuente:** fuente impresa
- **Procedencia:** Biblioteca Nacional de Madrid
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:** edición de Fernando Fernández Lanza
- **Época y zona geográfica:** Eurasia, siglo XVI
- **Localización y fecha:**
- **Autor de la Fuente:** Antonio de Herrera Tordesillas

## El Gran Turco y la dinastía otomana: familia, sucesión y legitimación. Algunas muertes singulares en la *Crónica de los Turcos*<sup>1</sup>: intrigas y razones de Estado en el Serrallo.

Fernando Fernández Lanza.  
Universidad de Alcalá.

### Introducción. Fuentes españolas, razonablemente sesgadas, como punto de partida.

Para buena parte de los cronistas españoles del siglo XVI, incluso del siglo XVII, el Gran Turco es el núcleo del engranaje imperial otomano; es el Príncipe que encabeza sus ejércitos y no respeta a los vencidos en sus victorias; es el Juez que comete las injusticias y atrocidades que gusta a placer; es el prepotente Señor absoluto del Estado, de todos los bienes y personas.

Estas características se transmiten y perpetúan de sultán a sultán.

"El gran turco Solimán tiene en su cámara una tabla colgada de la pared con una cadena donde está su padre Selim pintado naturalmente. Y tiene un epíteto sobre la cabeza en lengua latina que dice así: *Selim Ottoman Rex Regum. Dominus Dominantium. Princeps Principum. Nepos Dei*. Debajo de los pies tiene otro epíteto en lengua turquesca que dice: *Si el Príncipe propio no va a las empresas y no se enriscare y pusiere en aprieto, por la mayor parte no habrá buen efecto*. De la mano derecha le sale un rótulo en lengua griega que dice así: *El verdadero reinar ha en estar sin sospecha de parientes*. De la mano izquierda le sale otro rótulo en lengua eslavona que dice: *Sufrir la injuria vieja es convidar para otra nueva*. Esta es la ley y memoria que Selim otomano dejó a su hijo Solimán por hacerlo guerrero y cruel y dejó estas cosas y otras muchas peores por orladura y circunferencia de su retrato que él en su vida mandó naturalmente pintar para su hijo y los sucesores en aquel Estado turquesco"<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> *Crónica de los turcos, la cual principalmente sigue a la que escribió Juan María Vicentino [Giovanni Maria Angiolello], cronista de Mahometo, Bayasit, Selim y Suleymán, señores de ellos*. Recogida en Fernández Lanza, Fernando. *La Crónica de los Turcos: fuente inédita española del siglo XVI para el mundo otomano*. Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1995. 2 vols. Cfr. edición versiculada de Emilo Sola. Colección Grandes Fuentes en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com), portal reconocido por la UNESCO y el Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales. 2011.

<sup>2</sup> Díaz Tanco, Vasco. *Libro intitulado Palinodia de la nefanda y fiera nación de los Turcos y de su cruel modo y arte engañoso de guerrear. Y de los imperios, reinos y provincias que han sujetado y poseen con inquieta ferocidad*. Orense, en la impresión del propio autor, 1547, fol. 41v. Existe reimpresión facsimilar con introducción bibliográfica a cargo de Antonio Rodríguez-Moñino, Diputación de Badajoz, 1947.

Todos los aspectos negativos, referidos por los cronistas a los sultanes, se agudizan cuando se estudia su comportamiento, siempre tan arbitrario como trágico, respecto con su propia parentela. El primer acto tiránico de cada Gran Turco es, según los textos impresos y manuscritos españoles, el fratricidio que practican para asegurarse su mandato, estabilizar el sistema y consolidar su gobierno. Sus enterramientos son inmensos porque alrededor de sus sepulcros sitúan los de sus hermanos y parientes que matan cuando acceden al poder:

"Mahometo que halló por nueva ser verdaderamente su hermano el niño, lo hizo ahogar y después lo mandó enterrar con gran pompa y solemnidad. Este tiránico hecho han tenido siempre los Grandes Turcos porque suelen matar a sus propios padres y hermanos por quedar seguros en reinar, diciendo que de otra parte vivirían siempre con recelo"<sup>3</sup>.

Este tipo de testimonios, que quieren demostrar la tiranía del Gran Turco, se multiplica en la mayor parte de los textos:

"... la Majestad de Dios no sufrirá más un Imperio tan inhumano, ni aquel cruelísimo sacrificio, que hace de los inocentes hijos del Gran Turco muerto; porque en muriendo, si el hijo mayor no es defectuoso, le coronan por Gran Turco y a los demás hijos varones en el propio día los degüellan, que sean ya hombres o estén en los pechos de sus madres; y que con facilidad pueden hacer esta cruel mortandad por estar todos los miserables hijos dentro del que llaman serrallo, donde se crían y no salen, hasta que muerto su padre a ellos los sacan a enterrar... no permitiese nombrar una Ley tan santa, dada de Dios para conservación de su imperio, mediante la cual tenía paz porque si concedía la vida a un hermano, demás de hacer agravio a los otros, abría la puerta para que otro sucesor diese la vida a dos y se violase tan útil y necesaria Ley, siendo los mayores enemigos de los hermanos, entrarían en divisiones en sus grandes reinos"<sup>4</sup>.

La tiranía es, por tanto, en los Estados musulmanes un sistema de legitimación. La mayoría de las autoridades islámicas acceden, siempre según los autores contemporáneos españoles, al poder por medio de la traición sin aval legal alguno.

"La inexistencia de una ley de sucesión y de la herencia, el poco respeto al valor de la sangre y la carencia de valor de la primogenitura entre los descendientes de un

---

<sup>3</sup> Roca, Vicente. *Historia en la cual se trata del origen y guerras que han tenido los turcos, desde su comienzo hasta nuestros tiempos: con muy notables sucesos que con diversas gentes y naciones les ha acontecido. Y de las costumbres y vida de ellos*. Valencia, Juan Navarro, 1556, fol. 47r.

<sup>4</sup> Entre otros testimonios, sirva de ejemplo la detallada descripción de Juan Ceveiro de Vera, *Viajes de la Tierra Santa y descripción de Jerusalem...* Madrid, por Luis Sánchez, 1597. Edición de Concepción Martínez Figueroa y Elías Serra Rafols, La Laguna, 1964. Págs. 126-127.

sultán lleva a que los individuos que acceden a la jefatura de los Estados sean aquellos que saben manejar mejor sus influencias y los que se rodean de un mayor número de soldados. En todos estos procesos, los súbditos ven los acontecimientos sin decir nunca su opinión ni respaldar ninguna de las acciones, ya que saben muy bien que lo que mejor pueden hacer es quedarse completamente al margen de las intrigas palaciegas. El suceso más extraño que tiene lugar en el otro lado del Mediterráneo, aunque fundamentalmente en Berbería, es que alguno de ellos respete la línea sucesoria y que gobierne de acuerdo a la razón"<sup>5</sup>.

Producto de estos atributos del sultán son los recambios automáticos en la dirección del sistema político. El nuevo Gran Turco, tan pronto como accede al poder, escoge a sus colaboradores deshaciéndose de los que asesoraron a su padre, siempre con la intención de crear una administración a su imagen y semejanza. Los únicos elementos que pueden influir en la elección del nuevo Gran Turco son los jenízaros, convirtiéndose así en su sistema de validación, pero no siempre resulta fácil.

“Toda esta orden llevaban sin discrepar hasta que llegó el rey cerca de la marata<sup>6</sup> de sultán Bayasit, su bisabuelo. Y como allí llegó, se juntaron los jenízaros y se conformaron a una opinión y determinaron de no moverse de allí y detener el paso al rey y no dejarle pasar adelante hasta que les hiciese merced y les diese el presente que era usanza de dar todos los reyes otomanos al tiempo que reinaban... Y así siguieron todo muy desbaratado hasta que llegaron a la puerta del serrallo todos juntos. Y como allí llegaron, pareciendo a los jenízaros que lo que les había dicho el aga y los bajaes que el rey les concedía las mercedes que demandaban no era así y que ellos lo decían de suyo y por pacificar el caso determinaron de detenerle en la entrada y le dijeron que querían oír de su propia boca que les otorgaba las mercedes que le habían demandado... Y viendo el rey cuánto habían perdido los jenízaros la vergüenza y el respeto que se le debía, les hizo señal con bajar la cabeza que les otorgaba lo que demandaban y con esto le dieron lugar que pasase; y él se entró sin dar paz ni salud a ninguno, muy apasionado según mostró en su semblante. Y los jenízaros se fueron con el aga y toda la otra gente cada uno a su lugar”<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 289.

<sup>6</sup> Conjunto de edificios de carácter público (hospital, sepultura, mezquita, escuela o escuelas y casas de hospedaje...) construidos por orden de un Sultán en torno a su tumba para honrar su memoria.

<sup>7</sup> Almosnino, Moisés. *Crónica de los Reyes Otomanos*. Ed. Pilar Romeu Ferré. Barcelona, 1998. Págs. 94-96. En este caso abordamos el asunto bajo la perspectiva de un rabino sefardí. Moisés Almosnino nació en Salónica en 1518. Su familia, de cierta posición social, provenía de España, de Jaca (Huesca).

El sultán, por tanto, necesita buscar su amistad y esta la lleva a efecto mediante concesiones y mercedes que satisfacen sus ambiciones, en numerosas ocasiones bélicas. Esta es una de las razones por la que los sultanes articulan toda su política bajo el signo de las armas.

"Sus ambiciones no tenían límite. Casi tan pronto como llegó al poder escribió sobre su intención de gobernar todo el mundo civilizado y convertirse en el primero y legítimo sucesor de Alejandro Magno"<sup>8</sup>.

El sultán, bajo el punto de vista del rabino sefardí Almosnino, tiene justificadas sus decisiones de Estado.

“Porque allende de todo lo que de él habemos dicho -y mucho más que dejamos de decir ni ninguno podrá acabar-, se mostró su extremada y sacra virtud y ser todas sus cosas e intenciones purificadas a fin de puro bien, sin misión de ninguna otra intención extrínseca en mostrarse tan cruelísimo carnicero en la carne de sus propios hijos y nietos, no sólo los grandes de edad, que se podía sospechar o presumir que por serle desobedientes lo hacía, sino que también a los nietos inocentes mandó matar; donde mostró ser su sincera intención por pacificar y quietar el Reino para que quedase sin recelo de lo que se temía con razón: que quedando dos a quien pretendiese el Estado, viniesen a padecer sus súbditos impotentes para poder resistir; que fue cierta cosa y obra heroica, digna de perpetua memoria y feliz fama y eterna gloria”<sup>9</sup>.

La *Crónica de los Turcos* nos va a permitir, a diferencia de la mayor parte de las fuentes españolas contemporáneas para el mundo otomano, una apertura de miras, un respeto inusual por los trabajos consultados y una imparcialidad extraña en estos tiempos en la narración, descripción e interpretación de los hechos de la casa osmanlí. Entre otras razones por tratarse de la fuente todavía manuscrita, de la segunda mitad del siglo XVI, más importante y voluminosa para un sólido conocimiento del Islam turco; escrita por un cronista oficial de la Monarquía Hispánica [Antonio Herrera de Tordesillas] que sigue *principalmente* los escritos y trabajos de Giovanni Maria Angiolello (testigo ocular de muchos de los hechos que describe y cronista de varios Grandes Turcos). Baste recordar que tan solo la *Crónica de los Turcos* nos permite reconstruir, por ejemplo, la mutilada *Historia Turchesca* de Angiolello.

---

<sup>8</sup> Gustave E. von Grunebaun, *El Islam, II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días*. Historia Universal, tomo XV. Madrid, Siglo XXI, 1981, pág. 58. El historiador austriaco recoge, en esta dirección, el sentir descrito en sus obras por los ya citados Vicente Roca, Antonio Fajardo y Acevedo o Vasco Díaz Tanco. Cfr. también Antonio de Aranda, Juan Ginés de Sepúlveda, Juan Martín de Cordero, Pedro de Salazar y Murdonés, Diego Soto y Aguilar y Diego de Torremocha, autores españoles de trabajos más o menos extensos acerca del imperio otomano y del origen de esa Casa.

<sup>9</sup> Almosnino, Moisés. Op. Cit. Pág. 205.

### **La dinastía otomana: familia, sucesión y legitimación.**

El imperio otomano era un Estado dinástico, cuya existencia ininterrumpida dependía de la capacidad del sultán para engendrar herederos varones y cuya estabilidad política estribaba, hasta cierto punto, en el equilibrio de la familia y casa imperial. Por ello, los asuntos concernientes a la reproducción dinástica, estructura familiar y sucesión eran cuestiones de trascendental importancia política. Según la ley hanafí<sup>10</sup>, el sultán era la cabeza única de la familia dinástica, en tanto que era el soberano exclusivo del imperio. Por esta misma razón, la idea de una reina oficialmente reconocida –no de una mujer poderosa de facto- era tan ajena al imperio otomano como a otras formas de gobierno islámicas<sup>11</sup>.

Una mujer puede casarse con solo un marido a la vez, que debe ser de la misma condición social que su familia. Un hombre, en cambio, puede casarse hasta con cuatro mujeres simultáneamente y su esposa o esposas no tienen por qué ser de su misma condición social. En consecuencia, una mujer musulmana no puede casarse con un hombre no musulmán, por cuanto su religión lo hace socialmente inferior a ella. Por otra parte, un hombre musulmán puede contraer matrimonio con una no musulmana, factor clave en la política sucesoria aunque el más determinante en la estructura dinástica era la norma que autoriza a un varón a poseer y mantener relaciones sexuales con tantas esclavas como su propia hacienda le permita. Un hombre puede tener descendencia legítima tanto de una esposa como de una esclava. Todos sus hijos engendrados por una esposa nacen libres y tienen derecho a la herencia. Lo mismo se aplica a los hijos nacidos de una esclava, siempre y cuando el hombre los reconozca como propios. Si lo hace, la madre esclava adquiere una posición privilegiada dentro de la casa. Su dueño puede no venderla, y ella es libre por ley a la muerte de este. No hay ninguna diferencia de condición social entre el hijo engendrado por una esposa y el hijo reconocido de una esclava. De hecho, la mayoría de los sultanes descendían de madres esclavas y el sultanato se transmitía solo por la línea masculina. Los descendientes de la línea

---

<sup>10</sup> La escuela hanafí es una de las cuatro escuelas de pensamiento o jurisprudencia dentro del Islam sunní. Fundada por Abu Hanifa Al-Un'man ibn Thabit, está considerada la escuela más abierta a las ideas modernas aunque, al mismo tiempo, sigue algunas de las interpretaciones más estrictas de las leyes islámicas. Es la mayor de las cuatro escuelas, seguida por aproximadamente el 45% de los musulmanes del mundo. Las otras tres escuelas de pensamiento son la shafí'i, maliki y hanbali. Los más conspicuos propagadores del pensamiento hanafí a lo largo de la historia fueron probablemente el Imperio Otomano y el Imperio Mogol, de modo que las áreas que dominaron son predominantemente hanafíes.

<sup>11</sup> Imber, Colin. *El Imperio Otomano, 1300-1650*. Ediciones B. Barcelona, 2004. Pág. 101.

femenina no tenían derecho al trono y la costumbre dinástica les impedía detentar ningún cargo superior al de gobernador de provincia<sup>12</sup>.

Hasta 1450 los sultanes generalmente se casaban pero parece que, desde una época muy temprana, había sido costumbre de la dinastía tener descendencia por medio de esclavas, siendo la función de las esposas más política que reproductiva: adquisición de territorios o vasallaje con obligación del suministro de tropas y tributos. Por lo general, la función de las esposas dinásticas era, en buena medida, garantizar la lealtad de sus padres como aliados o vasallos del sultán y, en última instancia, vivir como rehenes en la corte otomana. El matrimonio era, para los sultanes, un recurso político. Cuando dejó de ser útil, desecharon esta práctica. Parece que la preferencia otomana por la reproducción mediante esclavas se estableció con Amurat I (1359-1389). La madre de su hijo y sucesor, Bayasit I (1389-1402), una tal Gülçiçek “Rosa” parece que no era una mujer libre. El cronista Sükrullah escribió, hacia 1460, que Bayasit tuvo seis hijos: Ertugrul, el emir Suleymán, el sultán Mahometo (1402-1413 y 1413-1421) y los príncipes Isa, Musa y Mustafá, y todos eran hijos de esclavas. Hizo el mismo comentario sobre los vástagos de Mahometo I; tuvo cinco hijos: los príncipes Amurat (1421-1451), Mustafá, Ahmet, Yusuf y Mahmut y las madres de todos ellos eran esclavas. También lo eran Hüma, madre de Mahometo II (1451-1481) y Gülbahar, madre de Bayasit II (1481-1512). Ayse, madre del hijo y sucesor de Bayasit, Selim I (1512-1520), fue una excepción y se casó por una alianza política antes de su ascensión al trono, cuando era gobernador de Amasia<sup>13</sup>.

A lo largo de su historia, la dinastía otomana siguió reproduciéndose por medio de esclavas, pero entre el siglo XIV y principios del XVI era también costumbre, marcada por la política de sucesión, restringir la vida reproductiva de cada consorte a un solo hijo. Desde el momento de nacer, cada hijo de un príncipe o sultán tenía derecho al trono y por lo tanto se convertía en rival político para sus hermanos. Por ello, los príncipes no crecían juntos sino que cada madre criaba a su hijo por separado y cuando el sultán lo nombraba, entre los diez y doce años de edad, gobernador de una provincia, su madre lo acompañaba a su nuevo destino y se erigía en su guardián y madrina en su lucha por el trono que seguiría inevitablemente la muerte del padre. Suleymán I (1520-1566) rompió con la costumbre de

---

<sup>12</sup> Ibídem, págs. 102 y 103. Cfr. Schacht, Joseph. *An introduction to Islamic Law*. Oxford, 1964; Peirce, Leslie P. *The imperial Harem: women and sovereignty in the Ottoman Empire*. Oxford y Nueva York, 1993; Alderson, A.D. *The structure of the Ottoman dynasty*. Oxford, 1956.

<sup>13</sup> Kappert, Petra. *Die Osmanischen Prinzen und ihre Fürstenresidenz Amasya im 15. und 16. Jahrhundert*. Leiden, 1976. Cfr. Colin Imber. *El imperio otomano*. Op. Cit. págs. 101-110.



este sistema de reproducción y cuidado materno, aparentemente no por razones políticas sino por amor<sup>14</sup>.

Tal era el afecto que Suleymán sentía por Hürrem –la Roxelana de diversas fuentes europeas-, que en 1533 la hizo libre y se casó con ella. Entre 1521 y 1531 le dio siete hijos, entre ellos su futuro sucesor Selim II (1566-1574). Hürrem no acompañó a sus hijos a sus gobernaciones sino que permaneció en Estambul, en el centro del poder, siempre con acceso inmediato al sultán. En este sentido, se anticipó a las mujeres poderosas de finales del siglo XVI y el siglo XVII y sentó un precedente, sálvense las diferencias, con los casos siguientes de la concubina veneciana Nurbanu, esposa de Selim II y madre de Amurat III (1574-1595); Safiye, concubina favorita del sultán y madre de Mahometo III (1595-1603); Kösem Mahpeyker, favorita de Ahmet I (1603-1622) y madre de sus cuatro hijos, entre ellos dos futuros sultanes: Amurat IV (1623-1640) e Ibrahim (1640-1648) o la sultana Turhan, madre de Mahometo IV (1648-1687)<sup>15</sup>. A partir de mediados de los años cincuenta, el poder político de las reinas madres fue debilitándose.

Parece que los matrimonios de las princesas otomanas siguieron un sistema similar. Antes de mediados del siglo XV, emparentaban con dinastías extranjeras. Posteriormente, sus enlaces tuvieron lugar dentro de sus fronteras. Puesto que la ascendencia legal reside en la línea masculina, la prole de las princesas casadas con dinastías extranjeras no era, en un sentido legal, otomana y por lo tanto estos matrimonios no podían servir para hacer valer las pretensiones otomanas de territorios. Añadidamente, comoquiera que la ley islámica prohíbe a las mujeres musulmanas casarse con no musulmanes, las princesas otomanas solo podían aspirar a emparentar con dinastías musulmanas y no con las cristianas de los Balcanes. Por ello, el enlace de princesas con gobernantes extranjeros parece no haber tenido importancia en la política dinástica otomana.

A partir del reinado de Bayasit II esta práctica, efectivamente, se extinguió y se instauró como costumbre desposar a las hermanas, hijas y nietas del sultán con miembros de la élite gobernante del imperio. En realidad, esta práctica no era nueva, existían antecedentes de este sistema de enlaces, pero a partir de mediados del siglo XV se convirtió en la norma hasta final del imperio y benefició claramente a la dinastía. De este modo, emparentando esa élite gobernante del imperio, esos hombres de Estado, de armas, con la familia real, se reducía el

---

<sup>14</sup> Peirce, Leslie P. “The family as faction: dynastic politics in the reign of Süleyman”, en *Soliman le Magnifique et son Temps*. Gilles Veinstein (ed.). París, 1992. Págs. 105-116. Véase también Fischer, Alan. “The life and family of Süleyman I”, en *Suleyman II and his Time*. Halil Inalcik y C. Cafadar (eds.). Istanbul, 1993. Págs. 1-19.

<sup>15</sup> Quedan fuera de nuestro discurso los sultanes Mustafá I (1617-1618 y 1622-1623) y Osmán II (1618-1622) por ser ajenos a nuestro propósito.

riesgo de creación de casas independientes al sultán. Por otro lado, al exigir que los maridos de las novias reales se divorciaran de sus otras esposas, se evitaban alianzas matrimoniales que pudieran desafiar su poder. Por si fuera poco, estas esposas reales debían actuar como informadoras del sultán, describiendo las actividades de sus ministros. Así pues, el propósito del matrimonio era siempre político. Las concubinas y las no esposas eran, en definitiva, quienes realmente aseguraban la perpetuación de la dinastía.

\*\*\*\*\*

Después de la consecución de herederos varones, el factor más importante para garantizar la continuidad dinástica, por extensión del imperio, era el control de la sucesión. No sabemos con exactitud cómo el primer gobernante de la dinastía otomana obtuvo el reconocimiento como soberano. La tradición sitúa el comienzo de la independencia otomana en la primera celebración en nombre de Osmán de la plegaria del viernes, ceremonia religiosa mediante la cual, en el Islam, un gobernante anuncia su soberanía, que tuvo lugar en Karahisar. Los cronistas han asignado varias fechas a este acontecimiento, adornado en cada caso con su propio conocimiento acerca de la legitimidad otomana. Pero tanto si esta tradición es precisa como si no, la existencia de una moneda que porta la inscripción “acuñada por Osmán, hijo de Ertugrul”, confirma que Osmán se consideraba un gobernante independiente. La misma acuñación equivalía a una declaración de soberanía.

Orján (1326-1359) sucedió a Osmán I (1299-1326), accediendo al trono en vida de su padre<sup>16</sup>. Tampoco sabemos con certeza por qué fue Orján, y no cualquiera de sus cuatro hermanos, quien sucedió a Osmán. Algunos datos fragmentarios recogidos en varias crónicas sugieren que mientras Orján fue un soberano que gobernaba un reino indivisible, sus hermanos e hijos siguieron desempeñando cargos importantes como gobernadores y comandantes militares. Por el contrario, sí sabemos que después de su reinado, el modo de sucesión fue muy distinto. Hacia 1400, el poeta Ahmeti en su *Breve historia versificada de los Reyes Otomanos*, escribió del sucesor de Orján, Amurat I (1359-1389): “Sus hermanos se tornaron enemigos/ Los asuntos de todos ellos terminaron en sus manos/ Todos fueron aniquilados por su espada”<sup>17</sup>.

Después de su sucesión, Amurat I asesinó a sus hermanos, quizás en el transcurso de una guerra civil, y sentó un precedente que la dinastía iba a seguir durante más de doscientos

---

<sup>16</sup> Imber, Colin. “The legend of Osman Gazi”, en Elizabeth A. Zachariadou (ed.), *The Ottoman Emirate, 1300-1389*. Rethymon, 1993. Págs. 67-75.

<sup>17</sup> Fodor, P. “Ahmedi’s Dasitan as a source of early Ottoman history”, en *Acta Orientalia*, XXXVIII, Budapest, 1984. Págs. 41-54.

años después de su muerte. A partir de estos momentos, la sucesión pasaba a aquel hijo del sultán que derrotaba y mataba a sus hermanos u otros pretendientes al trono.

Bayasit I (1389-1402) sucedió a su padre Amurat después de ejecutar a su hermano Yakub, según una tradición ampliamente difundida, en el campo de batalla de Kosovo en 1389. Desde entonces gobernó como el único hijo superviviente de Amurat hasta su derrota y captura en la batalla de Ankara de 1402, un acontecimiento que inició la crisis de sucesión más larga de la historia otomana: la guerra civil de 1402-1413. Los sucesos de este conflicto ilustran hasta qué punto estaban arraigados dos principios de la sucesión dinástica: el territorio del imperio es indivisible y ninguno de los herederos del sultán tiene primacía en la sucesión.

Mahometo I (1413-1420) salió victorioso de la guerra civil, después de que su hermano Musa hubiera derrotado y matado a Suleymán en 1411 y él mismo venciera a Musa dos años más tarde. Sin embargo, estos fratricidios no pusieron fin al conflicto civil. Desde 1411 el emperador de Bizancio había asumido la custodia del hijo de Suleymán: Orján y, por lo menos en dos ocasiones, trató de utilizarlo sin éxito para instigar conflicto en las tierras otomanas. Más importante fue la supervivencia de Mustafá, probablemente el hijo más joven de Bayasit. No sabemos cuál fue su fortuna tras la batalla de Ankara aunque en 1415 se hallaba en Trebisonda y, al año siguiente, reunió un ejército en Rumelia y encabezó una revuelta infructuosa contra su hermano. También él huyó bajo la custodia del emperador de Bizancio y aún vivía cuando Mahometo I murió en 1421. Parece, a partir de pruebas no concluyentes, que Mahometo I trató de acabar con la práctica del fratricidio abandonando el principio de indivisibilidad y cediendo sus tierras en Rumelia a su primogénito, Amurat, y las de Anatolia a su hijo menor, Mustafá. Sin embargo, los visires no aceptaron este plan. En su lugar, ocultaron la muerte del viejo sultán y llamaron a su hijo mayor, Amurat (1421-1451), cuyo reinado arrancó con una nueva guerra civil. Su primera lucha no fue contra su hermano Mustafá sino contra su tío de mismo nombre, que liberado por el emperador de Bizancio instauró un régimen en Rumelia, acuñando su propia moneda y obteniendo la lealtad de los señores locales. Mustafá derrotó al ejército de Amurat bajo las órdenes de Bayasit bajá, mató a su comandante y luego, tras proclamarse sultán en Edirne, cruzó el estrecho a Anatolia. Desde el lago Ulubat, más por engaño que por fuerza, Amurat obligó a Mustafá a retirarse al otro lado del estrecho hasta Edirne, donde lo capturó y mandó colgar como si se tratase de un delincuente común<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Heywood, Colin. “Mustafá Celebi, Düzme”, en *Encyclopaedia of Islam*, 7. Leiden, 1993.

Amurat, a su muerte en 1451, dejó dos hijos: Mahometo II (1451-1481) y un hijo menor de edad engendrado por la hija de Isfendyaroğlu de Sinop. Tan pronto como Mahometo entró en el palacio de Edirne lo primero que hizo, para garantizar la seguridad del trono, fue ordenar la ejecución del menor. La sucesión de su hijo, Bayasit II (1481-1512), no fue tan sencilla<sup>19</sup>. Tras la muerte de Mahometo II, los visires mandaron mensajes a sus hijos, Bayasit en Amasia y Guien en Konya. Bayasit fue el primero en llegar a la capital y con el apoyo del gran visir Gedik Ahmet bajá y, de manera crucial, con el respaldo de los jenízaros, ocupó el trono. Cuando su hermano Guien se proclamó sultán en Bursa, y Bayasit rechazó su propuesta de dividir las tierras otomanas entre ellos, fue Gedik Ahmet quien derrotó al príncipe en Yenisehir. Guien, sin embargo, escapó con vida y huyó bajo la protección del sultán mameluco de Egipto. En 1482 regresó a Anatolia, pero cuando su ejército se dispersó buscó refugio entre los Caballeros de San Juan en Rodas. Entonces Bayasit llegó a un acuerdo con el Gran Maestre para que mantuviera a Guien bajo custodia a cambio de un pago anual. Su siguiente acción fue ejecutar a Gedik Ahmet y al hijo menor de edad de Guien. La custodia de Guien por parte de los Caballeros de San Juan supuso la entrada del sultán otomano en la política de Europa occidental.

Los Caballeros de San Juan mantuvieron a Guien a buen recaudo en sus castillos en Francia hasta 1489 cuando, en contra de lo estipulado, lo entregaron al Papa. Bayasit no tuvo más remedio que transferir el pago de los Caballeros al Pontífice para mantener a Guien custodiado y, sobre todo, evitar que cayera en manos del rey de Hungría o cualquier otro enemigo potencial de los otomanos. Dado el peligro que la liberación de su hermano podía acarrear, en 1490 Bayasit se comprometió a no atacar Venecia, los Estados Pontificios ni Rodas. En 1494, el Papa y el rey de Nápoles pretendieron en vano su alianza contra Carlos VIII de Francia y, cuando este entró victorioso en Roma, tomó posesión de Guien anunciando una cruzada contra los turcos. Guien murió en Nápoles en febrero de 1495 y el peligro se disipó. Pero solamente con el regreso del cuerpo y su entierro público en Bursa en 1499, Bayasit tuvo la seguridad de que su trono estaba a salvo.

Diez años más tarde estalló una nueva crisis. Bayasit estaba viejo y enfermo y como su muerte parecía próxima, se inició la lucha por la sucesión entre sus herederos. En 1509, Corcut, gobernador de Antalya, se trasladó a Egipto probablemente para conseguir el apoyo del sultán mameluco y regresó un año más tarde, pero también en contra de la voluntad del padre, se instaló en Manisa, una residencia principesca más cercana a Estambul. Este traslado coincidió con la violenta rebelión, con origen en la comarca de Antalya, de Shah Kulu, cuyas tropas derrotaron a todas las enviadas por Corcut. Esta situación significó una

---

<sup>19</sup> Vatin, Nicolas. *Sultan Djem*. Ankara, 1997. Del mismo autor, véase “Macabre trafic: la destinée post mortem du prince Djem”, en *Les Ottomans et l’Occident*. Istanbul, 2001. Págs. 77-92.

oportunidad para su hermano Ahmet, gobernador de Amasia, que junto a su partidario, el gran visir Hadim Alí bajá, fueron enviados por Bayasit para resolver satisfactoriamente el conflicto. Mientras tenían lugar estos hechos, Selim, gobernador de Trebisonda, también abonó el terreno para la sucesión solicitando un destino más próximo en Rumelia al tiempo que sus cartas denunciaban las maniobras para llevar a Ahmet al trono. Ante el rechazo de Bayasit a tal petición, Selim pasó sin autorización a Crimea buscando todo el apoyo del Kan y después a Moldavia confiando en hacerse con el trono. Antes de que los dos ejércitos se encontraran en batalla, Selim aceptó de su padre la gobernación de Silistria, con autorización para incursiones en Hungría, en realidad como ardid para formar un sólido ejército para enfrentarse a él. En esta ocasión, el sultán resultó victorioso dejando a Selim la única opción de regresar a Crimea después de pedir perdón. Esta nueva situación favoreció, en principio, las aspiraciones de Ahmet que, sin embargo, no contaba con el apoyo tan necesario de los jenízaros. En septiembre de 1511, cuando Ahmet se aproximaba al Bósforo, los jenízaros se rebelaron a favor de Selim. La incapacidad de Ahmet para derrotar y perseguir a los rebeldes en Anatolia le había hecho perder, a él y a su padre, el apoyo militar del que dependía el sultanato.

Ahmet regresó entonces a Anatolia y empezó a actuar como un gobernante independiente, promulgando decretos y haciendo nombramientos. Bayasit se vio obligado a designar a Selim como comandante para reconducir la situación. Selim encontró la oportunidad para dirigirse a Estambul. También lo hizo Corcut, sin tropas pero con dinero para ganarse infructuosamente el favor de los jenízaros. Finalmente Selim, acompañado de un ejército importante y con el apoyo de los jenízaros, llegó a la capital e hizo abdicar al padre. Ascendió al trono en abril de 1512. Poco después fallecía Bayasit, posiblemente envenenado, mientras Corcut se retiraba a Manisa. Ahmet no reconoció el sultanato de Selim y siguió actuando por su cuenta. En julio de 1512, Selim atravesó el estrecho hacia Bursa, forzando a Ahmet a retirarse a Amasia, primero, y a cruzar la frontera oriental del imperio con Irán, después. Desde aquí escribió a Selim proponiéndole sin éxito el reparto del imperio. Simultáneamente, Selim había iniciado la eliminación sistemática de sus posibles adversarios al trono. A finales de 1512, ejecutó a todos los nietos de Bayasit que residían en Bursa y a comienzos del año siguiente envió ejército contra Corcut, al que hizo prisionero y ejecutó. En marzo de 1513, Ahmet avanzó hacia el oeste derrotando a las fuerzas de Selim. En respuesta, a comienzos de abril, Selim partió de Estambul a su encuentro dejando en la ciudad a su hijo Suleymán. Pocos días más tarde, lo venció en Yenisehir y después lo capturó y ejecutó en Izmit. Las ejecuciones posteriores de Osmán y Mustafá, hijo y nieto de Ahmet, parece que convencieron a Selim de que su corona estaba a salvo.

En 1520, Selim murió dejando un único hijo, Suleymán, quien lo sucedió sin competencia. A partir de 1553, se iniciarían las maniobras de sucesión, con la ejecución de su primogénito Mustafá, de un visiblemente viejo y enfermo Suleymán. La ejecución, en 1562, de Bayasit –hijo de Suleymán- y sus hijos, propició un cambio en el modo de sucesión. Desde probablemente la época de Osmán I, había sido costumbre que todos los hijos del sultán fueran gobernadores en Anatolia, y cada uno de ellos tenía derecho a la sucesión. A partir de la muerte de Bayasit, solo el primogénito servía en las provincias y era él quien sucedía en el trono. A partir de 1562, Selim era el único hijo superviviente de Suleymán y sucedió en el sultanato sin oposición. En el momento de su coronación como Selim II (1566-1574), tenía solo un hijo, el futuro Amurat III (1574-1595). Tuvo a sus demás hijos después de haberse convertido en sultán y, en el momento de su muerte, ninguno de ellos era lo suficientemente mayor para ejercer de gobernador. De los hijos de Amurat III solo el mayor, el futuro Mahometo III (1595-1603), llegó a ser gobernador de provincias, los demás no superaban los once años de edad a la muerte del padre. Así las cosas, los precedentes sentaron jurisprudencia y, desde la época de Suleymán, la antigüedad desplazó el fratricidio, que jamás obtuvo la aceptación popular, tras una guerra civil como el principio habitual de sucesión. No obstante, vaya por delante, esto no significó el fin del fratricidio real y el siglo XVII presentó casos inéditos en torno a la sucesión del trono.

\*\*\*\*\*

El imperio era el legado del sultán soberano que, a su vez, transmitía a su sucesor. La larga continuidad de la dinastía y la concepción del imperio como una especie de propiedad indivisible y personal hacían impensable que el trono pudiese recaer en alguien ajeno a la dinastía imperial. El primer acto y el más importante en el ascenso de un nuevo sultán era la toma de posesión efectiva del trono. El segundo, el juramento de lealtad, acto que obviamente cambió en el transcurso de los siglos. En su origen, se podría especular, fue un acto de aclamación del nuevo sultán pero desde mediados del siglo XVI adquirió una importancia cuasi jurídica. A partir de la década de 1540, Suleymán promulgó la idea de que el sultán otomano era califa y desde la sucesión de Selim II, en 1566, una función del acto de lealtad era formalizar el contrato que confirmaba al sultán otomano como califa de los musulmanes<sup>20</sup>.

Desde finales del siglo XVI, se incorporaron otros elementos a la ceremonia de ascensión que servían principalmente para subrayar la continuidad del predominio dinástico a los ojos de los habitantes de la capital. En primer lugar, se tomó por costumbre que el entierro del

---

<sup>20</sup> Imber, Colin. *El imperio otomano, 1300-1650*. Págs. 128-139. Del mismo autor, véase, *Ebu's-su'ud: the Islamic Legal tradition*. Edimburgo, 1997. Cap. 4.

sultán fallecido siguiera inmediatamente a la entronización de su sucesor. La segunda innovación en la ceremonia de coronación fue la peregrinación a Eyüp, barrio de Estambul ubicado en el Cuerno de Oro donde está enterrado el cuerpo de Abú Ayyub, compañero del Profeta que cayó durante el primer asedio musulmán a Constantinopla. Esta peregrinación concedía a los habitantes de Estambul la oportunidad de aclamar al nuevo soberano antes de que se retirase al palacio interior. Finalmente, a partir del siglo XVII -con la ascensión de Mustafá en 1617- se hizo habitual que el gran muftí, u otro alto dignatario religioso, ciñera una espada al nuevo sultán en el santuario de Abú Ayyup, práctica que se mantuvo hasta la subida al trono del último sultán en 1918.

\*\*\*

## ANTOLOGÍA

### Algunas muertes ejemplares en la *Crónica de los Turcos*: Intrigas, muertes y razones de Estado en el Serrallo.

Iniciamos este capítulo con un recorrido a través de algunos embriagadores relatos recogidos en la *Crónica de los Turcos*<sup>21</sup>. Guerras, opulencia, tramas e intrigas, traición, razones de Estado, muertes... y todo ello con un lenguaje que recuerda a nuestros mejores clásicos.

Queremos, por ello, hacer disfrutar de la lectura de diversos episodios, pequeñas perlas narrativas, que bien podrían formar parte de nuestra mejor literatura del Siglo de Oro. No entraremos, ahora, en la valoración de las posibles intenciones políticas y profesionales de los verdaderos autores de la *Crónica*: Giovanni Maria Angiolello –Juan María Vicentino–, cronista del Gran Turco, y Antonio Herrera de Tordesillas, cronista de Felipe II. Sin embargo, son tales las destrezas narrativas e interpretativas que se descubren, se leen entre líneas o aparecen explícitamente, que la sola lectura de los relatos supone una importante apertura de miras respecto a otras fuentes contemporáneas.

---

<sup>21</sup> Fernández Lanza, Fernando. Op. Cit. Del mismo autor, para el mundo turco, pueden consultarse los siguientes artículos: “Antonio Herrera de Tordesilla’nin Türklerin Tarihi Kitabı”, en *Ispaniya-Türkiye 16. Yüzyıldan 21. Yüzyıla Rekabet ve Dostluk*. Ed. Kitap Yayınevi, İstanbul, 2006. Págs. 155-190; “Los turcos y lo turco a través de los impresos y manuscritos hispanos del siglo XVI. Propaganda y silencio”, en *Escrituras Silenciadas en Tiempos de Cervantes*. Manuel Casado, Paulina Numhauser, Antonio Castillo y Emilio Sola (Eds.) Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2006. Págs. 75-96; “La imagen de España en el Imperio Otomano a través de los Embajadores del Emperador Carlos V”, en *El Imperio Otomano en la Europa Renacentista. L’Empire ottoman dans l’Europe de la Renaissance*. Avisos de Flandes, vol. 11. Ed. Alain Servantie y Ramón Puig de la Bellacasa. Bruselas, Publicaciones de la Universidad de Lovaina, 2005. Págs. 167-189; “Habsburg-Osmanlı Rekabeti Bağlamında 16. Yüzyılda İspanya’da Türk İmajı” [La imagen de Turquía en la España del siglo XVI a través de la hostilidad habsburgo-otomana, I], en *Dünyada Türk İmgesi*. Ed. Kitap Yayınevi, İstanbul, 2005. Págs. 87-108; “La *Crónica de los Turcos*: del silencio de un clásico del Siglo de Oro”. *Cervantes*, 7. Revista del Instituto Cervantes de Estambul. Septiembre, 2004. Págs. 18-23; “II. Felipe Döneminde Akdeniz. İki İmparatorlugun Akdeniz’de düellosu” [El Mediterráneo en la época de Felipe II. Ingenieros y estrategias en el enfrentamiento de dos imperios], en *TOPLUMSAL TARİH*, 127. İstanbul, julio de 2004. Págs. 84-87; “La *Crónica de los Turcos* de Antonio de Herrera y Tordesillas, fuente inédita del mundo hispano-turco en el siglo XVI” [“XVI. Yüzyıl İspanyol ve Türk Dünyasını Anlamak İçin Önemli ve Yayınlanmamış Bir Kaynak: Antonio Herrera de Tordesillas’in Türkler Tarihi”]. ESPAÑA-TURQUÍA, del enfrentamiento al análisis mutuo. *Actas del I Encuentro de Historia Hispano-Turca. Cuadernos del Bósforo, I*. Editorial Isis. İstanbul, 2003. Págs. 169-205; “El mundo otomano entre 1299 y 1530 en la Historiografía europea e islámica. Dificultades para la construcción de una Historia analítica hasta 1500”. *Revista Indagación*, 4. In Memoriam José Francisco de la Peña. Universidad de Alcalá, 1999. Págs. 55-73; “Antonio Herrera de Tordesillas, Cronista Mayor de Indias, autor probable de la *Crónica de los Turcos*, fuente manuscrita española de la segunda mitad del siglo XVI, fundamental para un sólido conocimiento del Islam turco y para la reconstrucción de la mutilada *Historia Turchesca* de Giovanni Maria Angiolello”, en *Estudios de Historia Social y Económica de América*, 13. Universidad de Alcalá, 1997. Págs. 279-304.



La selección de algunos relatos que contemplan la muerte -desde diversas perspectivas- ha sido difícil. Toda la *Crónica*, quizá a excepción de los primeros capítulos, rebosa de calidad literaria e histórica y los episodios elegidos bien pudieran haber sido otros. Hemos pretendido, por ello, recoger algunos momentos genuinos, distintas circunstancias históricas y un entorno extraordinariamente rico y mudable. Escenarios, en la medida de lo posible, ya descritos en los epígrafes precedentes de este trabajo. Iniciamos, a continuación, este singular recorrido a través de la *Crónica de los Turcos*:

## I

### **Heldrín Bayasit y el Gran Tamerlán<sup>22</sup>**

#### **[turcos y tártaros, muertes que son caricias en una aproximación al contexto<sup>23</sup>]:**

“... Esta misma manera que habéis oído se guardó entre la gente de a caballo, aunque la turquesca no recibió tanto daño como la gente de a pie por poderse mejor juntar. Pero todavía quedaban siempre tres tártaros en el campo por un turco y llegadas todas las doce batallas de cada una de las partes, así como se habían de socorrer, era tanta la prisa de la gente que todos los tártaros se hacían una batalla y los turcos así mismo otra. Y como hubiesen peleado un rato muriendo infinita gente, aunque la mayor parte de los turcos, ciertos capitanes tártaros recogieron sus batallas con que habían roto, que serían poco menos número de gente de ciento y cuarenta mil hombres, los detuvieron hasta tiempo de media hora sin pelear porque les parecía que, siendo ya juntas todas las batallas, era bien que alguna gente refrescase para socorrer donde fuese necesario.

Hubo muchos de los tártaros que bebían de la sangre de los cuerpos caídos de los turcos. En este tiempo, todos trabajaban y morían por vencer los enemigos y así, desde hora de

---

<sup>22</sup> Este relato se recoge en los capítulos XXIV: Cómo el Gran Turco y el señor Tamerlán ordenaron sus batallas y de cómo aquel día el Turco fue vencido y preso; capítulo XXV: De lo que sucedió después de pasada la batalla. Y cómo desde algún tiempo Bayasit gran turco fue muerto por mandado del señor Tamerlán; capítulo XXVI: De quién fue este señor Tamerlán y de las tierras y ciudades que ganó; capítulo XXVII: De Hurcan, sexto emperador de los turcos y capítulo XXVIII: De Mahometo primo, séptimo príncipe de los turcos. Para este episodio, resulta enriquecedor el volumen *Misión diplomática de Castilla a Samarcanda (1403-1406) de Ruy González de Clavijo*. Edición de Leoncio Cabrero y traducción al ruso de Claudio Klotchkov. AECE, Ediciones de Cultura Hispánica, Historia. Madrid, 2000 (recoge, entre otras, la vida del Gran Tamerlán escrita por Pedro Mexía, Cronista de Su Majestad, en el capítulo 28 de su *Silva de Varia Lección*, Sevilla, 1540. Págs. 367-374).

<sup>23</sup> “Amurat, octavo Emperador de los turcos, comenzó a reinar en 1419 y fue quien primeramente hizo número cierto de los jenízaros, que antes no lo había sino que cada uno de los Señores tenía aquellos que placía”, *Crónica de los Turcos...*, capítulo XXIX: De Amurat, octavo Emperador de los Turcos.

mediodía hasta hora de las dos, la cosa estuvo muy reñida aunque siempre los turcos perdían la tierra. A esta hora vinieron los dos príncipes a juntarse y con mucho trabajo se podían conocer los unos a los otros, porque el polvo les quitaba la diferencia que en las señales traían, mas todavía en las voces por fuerza se conocían porque la una habla no es como la otra.

Eran más las gentes que de estas dos batallas no peleaban que las que podían pelear. Cada uno de los príncipes con sus guardadores socorrían donde les parecía que era menester y, viendo la batalla en tales términos, el señor Tamerlán envió a mandar a aquellos sus capitanes que había juntado para refrescar y socorrer para donde fuesen menester con la gente que habían recogido, que diesen por el un lado de la batalla del Turco, con quien él estaba envuelto y le hiciesen todo el mal que fuese posible. Los capitanes tártaros, con toda la gente que con ellos tenían, vinieron luego a su paso con mucho estruendo de nácares, tambores y otros instrumentos. Entraron por la mano izquierda del señor Tamerlán no peleando, mas degollando y haciendo pedazos, y así en poco tiempo habían muerto estos, que así vinieron de refresco, más de treinta mil hombres.

La batalla del Gran Turco iba ya aflojando y por las espaldas de ella se comenzaron de ir muchas gentes, y como esto fue visto por el señor Tamerlán, proveyó de enviar alguna gente de a caballo a la parte de donde huían, no para atajarlos sino para que los dejasen ir y que cuando viesen que faltaba mucha gente de los turcos matasen cuantos pudiesen de los que quedaban. Como la gente del Turco empezó a huir, fue tanta la prisa que cuando aquellos que el señor Tamerlán enviaba por el un lado de la batalla, al cabo de ella no había con la bandera del Gran Turco treinta mil hombres, los cuales muy presto fueron muertos y presos.

La bandera del Gran Turco era verde y colorada sin otra figura ninguna y de aquella manera eran todas las otras de su hueste salvo que unas eran mayores que otras y otras menores y algunas eran cuadradas y otras no. Las banderas del señor Tamerlán eran blancas y coloradas y entre los colores tenían pintado el mundo. Esto era en su bandera sola, porque en las otras solamente tenían los colores, mas no eran tan grandes como ella.

Visto el espanto de la batalla del Turco, las otras gentes que peleaban luego se vencieron y les vino bien la noche que ya era puesto el sol cuando de todo punto todos procuraban de salvarse sin hacer resistencia alguna. Puestas ya todas las compañías del Turco en huida, el señor Tamerlán mandó no matasen más gente, mas que todos los prendiesen pues en ellos no había defensa.

Fue hallado el Turco cabo su bandera a pie sin ninguna herida, porque era muy guardado de sus jenízaros de los cuales murieron aquel día diez mil. Traído el Turco ante el señor Tamerlán, él le dio en guarda a un su primo con cierta gente de a caballo y otra mucha compañía de pie y le mandó tener esa noche en el pabellón de aquél a quien le dio. Hizo pregonar, so pena de muerte, que ninguno robase por esa noche los muertos porque la gente no se derramase ni pudiese recibir daño. El señor Tamerlán fue algo herido de una flecha, aunque no mucho.

Aquella noche, el señor Tamerlán se fue a presentar al pabellón del Gran Turco, en el cual se hallaron muchas joyas de oro y de plata que valían un gran tesoro. Era el Tamerlán tan amado de los suyos y temido, que todo se hizo según lo mandó. Así los tártaros son la nación del mundo que más obedecen a su señor, tanto que en muchas veces acaece haber entre ellos

ruidos y en viendo al capitán con una lanza en la mano todos luego huyen y se departen, siendo los más cruelísimos hombres del mundo que menos temor han a la muerte. Y si en las otras cosas fuesen gente de razón, como son valientes hombres y muchos, no sería poco el mal que podrían hacer, mas ellos son muy desordenados y demasíadamente comedores, de la cual causa no pueden tan bien sustentar gente de guerra larga o cerco como los turcos, que en cualquiera de estas dos cosas, habiendo necesidad, les basta muy poco mantenimiento según que adelante se dirá.

Pasada esta grande y espantosa batalla, los tártaros estuvieron gastando algunos días en robar el campo, curar sus heridas y reparar sus heridos de los cuales había hartos. El señor Tamerlán hizo meter a Bayasit gran turco en una jaula de hierro con una muy gruesa cadena de oro a la garganta. Lo llevaba tras sí a donde quiera que iba y cada vez que había de cabalgar sacaban a Bayasit de la jaula y le ponían de pies y manos en el suelo y por sus espaldas de Bayasit subía y bajaba el Tamerlán en su caballo. Y fue con él tomando y allanando toda la tierra de la Anatolia, la cual toda la robó y saqueó.

Tomó, así mismo, otras muchas tierras del señorío del Turco que eran casi todas las que se podían andar, y cuando llegaban a alguna parte de las que pensaban que se defenderían sacaban a Bayasit gran turco de la jaula con una cadena al pescuezo y mandaba él que se diese la tierra al señor Tamerlán. Y la que no se quería dar, decía Bayasit la manera que se había de tener para ganarla y se hacía así. El señor Tamerlán restituyó muchas tierras a las personas más cercanas de aquellos a quienes los señores turcos las habían tomado, y aun algunas tornó a las mismas personas que las habían perdido que aún eran vivas.

Quiso saber si había sucesor alguno de la Caramania, y halló que había un hijo de un hermano suyo y el señor Tamerlán le dio todo lo que le habían tomado de la Anatolia y Caramania. Que de todas estas cosas no quería él otro señorío sino obediencia y reconocimiento de muy poca cosa, tanto que no había ninguna responsión que llegase a mil ducados y cuando los llamasen fueren obligados a servirle a costa del mismo Tamerlán, y que él mismo fuese obligado a los defender cada y cuando que mal les quisiesen hacer a costa de él mismo, sin que ellos gastasen cosa alguna en su propia defensa. Y que si alguna diferencia hubiese entre ellos, entiéndase entre señor y señor, que de aquello fuese el Tamerlán el juez, mas que las cosas que entre sus vasallos y tierras sucediesen que ellos se las juzgasen sin haber grado para otra parte. Y todas las nuevas imposiciones que el Turco y su padre hubiesen puesto las mandó quitar, y así daba las tierras quitando todas las nuevas imposiciones de tributos que en ellas hallaba.

Fue tan amado con estas maneras que para conquistar no le era menester muchas armas sino en muy pocas partes. La tierra de la Anatolia, que era propia del Gran Turco, tomó el señor Tamerlán para sí, y puso en ella sus gobernadores quitando a los pueblos muchas fatigas y pechos que el Turco les tenía puestos. Y a esta causa ninguna parte de las que conquistaba había menester gente que la guardase.

Andando así el Gran Tamerlán, conquistando las tierras del Turco, llegó a poner cerco sobre una ciudad de la provincia de la Anatolia y Bayasit le envió a decir que no debía ir allá porque aquel lugar era inexpugnable y que aunque él lo mandase no se le darían ni él los podría ganar por fuerza. El Tamerlán dijo que todavía quería ir a poner cerco sobre aquella ciudad y que no pudiéndola ganar creería que Bayasit le decía verdad, pero que si la ganase que él se lo pagaría con la vida. Y así, yendo luego a cercarlos, dentro no se le quisieron dar

y él los combatió tantas veces que los entró por fuerza después de haber estado más de un mes en el cerco. Destruyó toda la ciudad por los cimientos y puso a cuchillo a todas las personas que dentro de ella estaban, chicos y grandes. Hizo dar luego a Bayasit gran turco una muerte no como a emperador, ni el señor Taborlán lo hizo como emperador en mandársela dar tan sin causa. Fue el tiempo que Heldrín Bayasit estuvo a cargo del imperio diecinueve años.

Tuvo el señor Tamelán muchos hijos y él murió muy mozo, que fue dos años después que venció y prendió a Heldrín Bayasit gran turco. Y como al tiempo de su muerte sus hijos quedasen muy pequeños, los que a cada uno de ellos tenían en poder procuraban que aquél quedase en el Estado. Y así se comenzaron a guerrear los unos a los otros sin querer ninguno reconocer por Señor al otro, y todo esto fue causa que se perdiese lo más del señorío en muy poco tiempo, del cual la mayor parte ganó Mahometo, hijo de Heldrín Bayasit, según que adelante oiréis.

Quedaron de Heldrín Bayasit al tiempo de su muerte dos hijos, llamado el mayor Hurcan y el otro Mahometo. Se hallaron entrambos con él en la batalla de Angori y escapando por gran ventura de allí aportaron al mar a la parte que la armada de su padre estaba guardando el estrecho. Los dos hermanos pasaron luego el estrecho a la Grecia en la dicha armada y venidos en Adrianópolis se comenzaron de rehacer de gente y de las otras cosas necesarias para resistir al Tamerlán, si por ventura hubiese de pasar la mar a buscarlos. Y como desde algún tiempo que allí estaban viniese nueva de la muerte de su padre, fue Hurcan alzado por señor en el año de 1400.

Luego que Hurcan comenzó a reinar, comenzó en sosegar y haber obediencia de las tierras que el padre tenía en la Grecia porque las de Anatolia todas estaban en poder del señor Tamerlán y de aquellas personas a quien él las había dado. Y como el dicho señor Hurcan hubiese en esto gastado hasta dos años, fue traidoramente muerto por un tío suyo llamado Moisés con codicia de alzarse con el Estado, el cual él gozó muy poco tiempo según en el capítulo siguiente se podrá ver. Algunos escriben que este Hurcan fue muerto por Mahometo, su hermano, mas los más afirman ser este su tío, el que le mató, y por parecer que esto lleva más camino se pondrá así en la presente historia.

Al tiempo que Hurcan fue muerto por Moisés, su tío, según que en el capítulo pasado se ha dicho, su hermano Mahometo estaba hacia la Valaquia haciendo alguna gente y, luego como lo supo, allegando la más que pudo se vino la vía de Adrianópolis donde el tío estaba. Moisés, así mismo, sabiendo la venida de Mahometo, su sobrino, hizo brevemente un buen ejército y le salió a recibir y así hubo entre ellos una brava batalla en la cual la gente de Moisés fue vencida y él quedó en el campo muerto. Como los que escaparon de la parte de Moisés supieron aquella noche su muerte, luego se vinieron a poner en poder de Mahometo. Él los recibió benignamente y yéndose luego muy victorioso para Adrianópolis, pacíficamente fue luego alzado por Señor...”

## II

### **Giovanni Maria Angiolello [Juan María Vicentino], en primera persona<sup>24</sup>, testigo de excepción, cronista profesional, que no actúa bajo los clichés antiturcos.**

“Despedido el embajador de Hungría, y partiéndose para su tierra, el Gran Turco comenzó a caminar la vía de Constantinopla. Bayasit Gelem, primogénito, se fue para Amasia. El señor Mustafá Gelem, con aquellos que éramos sus familiares y con la gente que él había traído, tornamos la vuelta de Caysar, la cual es una ciudad antiquísima donde dicen que el gran Alejandro estuvo al tiempo que desbarató al rey Darío.

Partidos de Caysar, tomamos un poco a la mano izquierda por ser la tierra mayor y más fresca, a causa de ser toda por la costa de los montes y llegamos a otra ciudad llamada Jamantín, de la cual era señor uno que se llamaba Escuchebar. De allí vinimos a Chachesariay, a Permua y, últimamente, a la ciudad de Sino que era cabeza de todo aquel Estado, donde todo el campo del señor Mustafá se derramó y cada uno se fue a su tierra a donde más en voluntad lo tenía.

El Gran Turco fue por sus jornadas hasta llegar a Constantinopla, donde fue recibido con grandes juegos y fiestas. Mahometo bajá vino muchos días después porque venía doliente y traía pequeñas jornadas. El tercer día de como fue llegado, el Gran Turco mandó hacer audiencia pública. Y es costumbre que cuando aquella se hace, ha de estar presente el aga o capitán de los jenizaros a lo menos con dos mil hombres. Fue llamado Mahometo bajá que viniese a la dicha audiencia y, luego que fue venido, el Gran Turco mandó al aga de los jenizaros que lo prendiese y lo tuviese a buen recado en la roca donde está el tesoro.

Mahometo fue detenido en la dicha roca por tiempo de seis meses y, pasados estos, el Gran Turco hizo llamar un día al subassi de Constantinopla, el cual se llamaba Anglier Sinán y le mandó que él en persona fuese a la roca donde Mahometo estaba, y fuese con él persona que le ayudase, y con su mano propia con una cuerda de un arco que el Gran Turco le dio, ahogase al dicho Mahometo bajá.

Anglier Sinán hizo lo que le fue mandado. Y luego el Gran Turco proveyó que Mahometo fuese honradamente, y como gran señor, traído a la sepultura y metido en un enterramiento que él mismo había hecho en un gran templo y le dio renta con que siempre oficiaban sacerdotes, que en turquesco son llamados cansimam. Fue hecha una hermosa casa, mayor

---

<sup>24</sup> Este relato se recoge en los capítulos LXX: Cómo el Gran Turco llegó a Constantinopla y cada uno de sus hijos se fue a su Estado. Y de la muerte que fue dada a Mahometo bajá, por mandado del Gran Turco; capítulo LXXI: De las muchas opiniones que hubo de la muerte de Mahometo bajá y de la causa más cierta que para ello hubo; capítulo LXXII: De la dolencia y muerte del señor Mustafá Gelem, hijo del Gran Turco; capítulo LXXIII: De lo que sucedió después de muerto el señor Mustafá Gelem; capítulo LXXIV: De los llantos que hacían la madre y una hija del señor Mustafá, al tiempo que su cuerpo fu traído en la ciudad y, finalmente, capítulo LXXV: Cómo el Gran Turco supo la nueva de la muerte del señor Mustafá y del mucho sentimiento que mostró. Y de cómo el cuerpo fu traído en la ciudad de Bursa y enterrado con grandes gritos y llantos de todos los que allí estaban.

que una cuba grande, la cual estaba colgada de cadenas sobre la sepultura, y era toda cubierta de plomo a manera de una capilla. Había dentro de ella infinitos candeleros en que continuamente ardía mucho aceite.

Luego como la muerte de Mahometo bajá fue divulgada, hubo diversas opiniones de la ocasión que para ello había habido. Algunos quisieron decir que el Gran Turco temía mucho a Mahometo bajá por ser hombre de gran autoridad y por ser muy amado de los jenizaros y de toda la otra gente de guerra y por esto lo había hecho matar. Otros pensaban que la causa de su muerte había sido por no haber socorro a Asmirad bajá en el lado del Eúfrates, lo cual fue claramente causa de anegarse el dicho Asmirad bajá y de la rota que el señor Usún Casán hizo de los turcos.

Otros tuvieron por cierto que el Gran Turco le había hecho matar porque el dicho Mahometo bajá había dado una manzana envenenada al señor Mustafá, hijo del Gran Turco, viniendo cansado y muerto de hambre cuando la batalla de Usún Casán y que él había comido la manzana y que de aquello había procedido la larga enfermedad y finalmente la muerte del dicho señor Mustafá.

Yo Juan María, cronista de Suleimán gran turco, de su padre, abuelo y bisabuelo, digo esto ser falso porque en aquel tiempo yo estaba en servicio del señor Mustafá, que era su esclavo y humilde servidor y podría ser en aquella sazón de edad de dieciséis hasta diecisiete años. Y, así mismo, me hallé con el dicho señor mío Mustafá al tiempo que volvió del alcance del señor Usún Casán y le estaba su padre, el Gran Turco, esperando y le dio la taza de oro con el julepe. Mas la verdadera causa porque el Gran Turco hizo matar a Mahometo bajá fue porque la gente de guerra lo quería mucho y si quisiera se le pudiera alzar con el Estado y quiso tomar color que lo hizo por el vencimiento y muerte de Asmirad bajá. Y, así mismo, afirmo no ser verdad lo de la manzana envenenada porque, después que el señor Mustafá llegó a la ciudad del Sino, estuvo sano y muy alegre bien más de tres meses y después adoleció a culpa suya y estuvo cerca de seis meses enfermo y al fin murió, según en el capítulo siguiente veréis.

Llegó el señor Mustafá a la ciudad del Sino al fin de septiembre del año de 1473. Él se andaba holgando y dando placer con sus cazadores y monteros y tenía, así mismo, un navío a manera de una fusta con velas y remos en el lago de Bedsar, que era lejos de la ciudad del Sino cerca de una jornada. Se iba el señor Mustafá muchas veces allí con sus barones y entraba con ellos en el dicho navío y se andaba paseando por todo el lago. Se salía, así mismo, a holgar por aquellas villas de alderredor donde la mayor parte de los pobladores son cristianos griegos y armenios.

Hay en aquella tierra muy buenos jardines y viñas en que se hace muy excelente vino y como el señor Mustafá y los que le acompañaban estuviesen allí, bebían, comían y hacían otros muchos desórdenes. El señor Mustafá era muy cazador y montero, y como muchas veces viniese cansado de la caza y era forzado que comiese y bebiese más de lo que era menester, siendo ya pasados tres meses que era venido de lo de Usún Casán, que era casi a la fin del mes de diciembre, envió un capitán suyo llamado Congibel con doce mil hombres a cercar la ciudad de Zebeli, que es la tierra de Tas, la cual ciudad aún se sostenía y defendía en nombre de Pirachomat, señor de la Caramania. Y, así mismo, otros muchos lugares fuertes de los que estaban por los montes de la dicha tierra de Tas sostenían la voz de Pirachomat.

Viniendo, en este tiempo, el señor Mustafá un día de la caza se comenzó a quejar que todo el cuerpo le dolía y habido consejo de los médicos le fueron dadas las medicinas con que estuvo mejor. Y luego que se sintió bueno comenzó a hacer grandísimos desórdenes, mayormente en embriagarse y comer más de lo necesario, así que el dicho señor Mustafá estuvo otros tres meses que un día mejoraba y otro estaba peor.

En este tiempo la ciudad de Zebeli estaba cercada por Congibel, aquel capitán del señor Mustafá que fue con doce mil hombres a ello, y la puso en tal necesidad que los que dentro estaban vinieron en partido de entregarla con ciertas condiciones que pidieron. Y la primera fue que el señor Mustafá viniese allí en persona a recibir las llaves de la ciudad, que pues el Gran Turco, su padre, le había dado aquella tierra y que como a señor de ella se la querían entregar a él mismo.

El capitán escribió sobre esto al señor Mustafá y, vistas por él las letras, determinó de ir allá personalmente. Hizo para esta jornada aderezar una carreta, que ya a caballo no podía andar por la gran medida e hinchazón que tenía bajada a las piernas y también tenía los brazos así mismo hinchados. El subió en su carreta, y toda su corte con él, y en doce días llegamos a la dicha ciudad, la cual hecho el parlamento se entregó al tercer día. Salvó el haber y las personas, a las que el señor Mustafá prometió de dejar por gobernador al mismo que antes lo era, el cual había nombre Decitaya y de darle cada año cierta provisión a partido como a servidor suyo.

Esta ciudad era puesta sobre una peña cortada y hay una cueva grande debajo de la peña que podrían caber en ella quince mil hombres o más y es, así mismo, fuerte de sitio que si no fuese por hambre era excusado tomarla de otra manera. Quedando la dicha ciudad abastecida, y puestos algunos turcos en ella, el señor Mustafá se partió dejando en ella buen recado sintiéndose cada día más agravado de su dolencia.

El Gran Turco fue avisado de la toma de aquella ciudad y, así mismo, de la gran dolencia de su hijo. Envió luego a Amag bajá, su privado, con treinta mil hombres a caballo y a pie temiendo la muerte de su hijo y que la tierra no hiciese ningún mudamiento. El señor Mustafá volvió en su carreta la vía de la ciudad del Sino y supo cómo su padre le enviaba a maestre Hierónimo, su soberano médico. Fue aconsejado que se viniese camino de donde venía maestre Hierónimo, el cual venía por la estafeta o posta. Le aconsejaron, así mismo, pusiese sus pabellones en algunos jardines o bosques de la tierra donde pudiese algo recrearse.

El señor Mustafá llegó por sus pequeñas jornadas a una fortaleza que se dice Darnesi, la cual es asaz bien fabricada. Estuvo allí ocho días y los médicos con él. Visto por los privados de su palacio el su continuo empeorar y sabida la venida del maestre Hierónimo, deliberaron de partirse camino de la ciudad del Sino que era por donde él venía. Ido el señor Mustafá en su carreta, llegamos en dos días a una villa llamada Bura y allí pusieron los pabellones en una gran pradería de la dicha villa. En este lugar estaba una casa lejos del pabellón del señor cerca de una milla.

Así mismo, allí alderredor había muchas viñas de que se hace gran cantidad de uvas pasas muy buenas, hay muy buenos y hermosos jardines y muchas frutas, mayormente armelinges gruesos. Y el señor, mucho agravado del mal, quiso descansar allí algún día. Yendo mejorando, una tarde cerca de las veintiuna horas, se mandó llevar a un baño que en la dicha casa estaba y desnudo, como es usanza, se lavó toda su persona y, después de enjuto y

vestido, se mandó traer a su pabellón y tendido sobre el lecho a poco le dieron el manjar y le dejaron reposar, mas cuando fue mediada la noche al señor Mustafá le vino un poco de frío e incontinente murió.

Fue tan señalada persona la suya de todas las virtudes que en un hombre puede haber y tan grande la memoria que de él ha quedado en la casa otomana que, por amor y recordación suya, el Gran Turco sultán Suleymán, que hoy reina, ha llamado Mustafá a su hijo primogénito, el cual fue circuncidado en Constantinopla en el mes de julio del año de 1531 con infinitos juegos y fiestas.

Muerto que fue el señor Mustafá, no se hizo llanto ninguno por ninguna persona de los suyos, antes fue proveído por los consejeros tener secreto en su muerte. Y así, hicieron juramento los de la casa y todos los otros que lo sabían de no decirlo a ninguna persona del mundo. Y luego, en aquel tiempo, fue echada fama que el señor Mustafá se quería partir antes del día por lo fresco. Y así, fueron los pabellones luego levantados y el cuerpo fue abierto y sacado todo lo de adentro y fue lleno de trigo y de miel y, después, cosiendo la abertura fue metido en una caja embetunada, la cual muy cubierta fue puesta en una carreta. Y, así mismo, las tripas fueron abiertas y llenas de *pigroli bianqui* y después metidas en una gran cuenca donde iban todas las otras cosas del cuerpo llenas de mucha sal.

Y fue puesta la dicha cuenca, juntamente con el cuerpo, dentro de la misma carreta. Fueron allí metidas dos personas, que el uno fue un enano que el señor Mustafá quería mucho y había nombre Desdet y el otro era un cierto hombre que sabía muy bien contrahacer la voz del señor Mustafá. Y así caminaron luego. Y algunas veces los consejeros, y otros que sabían de la muerte del señor, se allegaban cerca de la carreta en el camino y fingían que preguntaban al señor Mustafá alguna cosa que era necesaria de proveer.

Yzmael, que así había nombre el que en la carreta iba, respondía aquello que antes le tenían prevenido que dijese y así, de esta manera, la compañía y la gente de guerra creían que el señor no fuese muerto. Y así yendo por nuestras jornadas y caminando la mayor parte de la noche, el sexto día que partimos de Bura llegamos a la ciudad del Sino, siendo cosa cierta que si la muerte del señor Mustafá se hubiera sabido, todos los suyos tuviéramos mucho peligro porque nuestro campo era una gente nueva que habían sido soldados de Pirachomat y la tierra no estaba en buena amistad con nosotros. Y así, encubriéndose la triste muerte, pudimos venir en salvo a la ciudad del Sino. Así mismo, en este tiempo, llegaron a la Caramania los treinta mil hombres que el Gran Turco enviaba con Amag bajá, según arriba es dicho.

Llegados en la ciudad del Sino, la carreta fue entrada al palacio donde estaba la madre del señor Mustafá con todas sus doncellas, la cual aún no sabía de la muerte de su hijo. Y vista la carreta cayó amortecida por espacio de media hora y, cuando tornó en sí, lloraba muy agravadamente y con ella una única hija que el señor Mustafá tenía de edad de catorce años, la cual había nombre Egiza.

Y, así mismo, todas las otras doncellas del palacio hicieron muy grandes llantos. Y lloraban al señor Mustafá todos los moradores de aquella tierra, de los cuales los más son cristianos de fe griega aunque muy pocos de ellos saben hablar griego, mas hablan turco, y tienen libros de la fe cristiana hechos de letra naba y escritos en lengua turca.



Luego aquel mismo día llegó maestre Hierónimo, el cual venía a muy gran andar, según atrás se ha dicho, y mostró dolerse mucho de no hallar vivo al señor Mustafá. Y como allí no se había temor de los enemigos, toda la corte se metió públicamente las tocas negras en la cabeza y todas se vestían de negro en señal de mucha tristeza. Fue llevado el cuerpo del muerto en un templo que se llamaba de Saladino.

Se hizo muy honradamente el oficio, con asaz sacerdotes, al modo suyo y continuo tenían muchas lámparas y luminarias de guaiaca, porque en los templos y en las honras de los muertos no se usa a encender cera. Fueron despachados caballos al Gran Turco con esta nueva, ya desde el camino le habían enviado otros y, hasta ser tenida la nueva de la respuesta de lo que el Gran Turco mandaba, el cuerpo del señor Mustafá fue tenido en aquel templo con mucha compañía de sacerdotes y grandes luminarias, como arriba es dicho.

Cuando el mensajero primero llevó la nueva a Constantinopla, ninguno se determinaba de decirlo al Gran Turco salvo uno llamado Ogasman, el cual había sido preceptor del señor Mustafá y muchas veces había leído y leía al Gran Turco algunas lecciones. Este se vistió de cuero, con un capirote negro en la cabeza cubierto hasta la media cara, y fuese así a poner en la presencia del Gran Turco.

Cuando el señor Mahometo le vio, luego entendió lo que era y, sin demandarlo bajándose de la majestad en que estaba sentado, él mismo levantó los tapetes que estaban tendidos en el suelo y puso su rostro con la tierra y comenzó de llorar y lamentar mentando muchas veces a su hijo.

Hizo cavar toda aquella tierra y, sentado en ella, tomaba el polvo y lo ponía sobre su cabeza. Se hería con las palmas en el rostro, otras veces los pechos y otras veces las piernas y, en esta manera, estuvo tres días con sus noches que no se partió de aquel lugar ni levantó la cara de la tierra sino para herírsela.

Ninguno le osó hablar palabra en todo este tiempo. Mandó cerrar y guardar las boticas de Constantinopla por tristeza y toda la ciudad estuvo en llanto porque el señor Mustafá era amado mucho del padre y de cualquier persona que con él hubiese departido, porque él era hombre muy esforzado y demasiadamente liberal y placentero con toda persona.

Pasados veintiún días, fue venida en la ciudad del Sino la respuesta del Gran Turco y, por ella, mandó que el cuerpo del señor Mustafá fuese acompañado y llevado a Bursa, donde están enterrados sus predecesores, y que fuesen con él la madre, la hija, las doncellas y toda la corte. Y así nos pusimos en el camino y, de lugar en lugar, era hecho el oficio según la usanza de la tierra y era puesto en el templo el cuerpo y siempre, de día y de noche, había con él asaz sacerdotes y gran muchedumbre de luminarias.

Cuando el cuerpo iba por el camino, llevaban sus caballos detrás depuestas las sillas a la contra y acortadas las crines y las cerdas de las colas y les echaban en los ojos cierta pólvora que les hacía llorar. Iban así mismo tras el cuerpo, después de los caballos, muchos moneros y las bocinas quebradas al cuello y los canes con cierta pólvora en los ojos que les hacía lagrimar y aullar. Llevaban delante de él sus banderas y echadas las varas en los hombros.

Cada día, antes que partiesen del templo, un sacerdote hacía un sermón pequeño y aquel era todo de sus caballerías, otras veces de su condición y otras de su franqueza, otras de la

pérdida que los otomanos perdían en él. Y así, de jornada en jornada, llegamos a la ciudad de Bursa, que antiguamente fue cabeza del reino de Bitinia. Estaban ya allí llegados más de cuatro mil sacerdotes y el cuerpo fue llegado al templo mayor, donde estuvo nueve días habiendo grandes oficios y llantos. Y después fue metido en la misma caja en que venía, en el enterramiento y sepulcro que estaba ordenado para el cuerpo de su padre, el cual era más de gran Señor que todos los otros enterramientos pasados”.

### III

## **Jenízaros, consejeros del Gran Turco y razones de Estado<sup>25</sup>. Palabras que andan de puntillas porque alguien duerme en el corredor del Serrallo**

“En este mismo tiempo –octubre de 1480-, el Gran Turco comenzó a juntar grande ejército por tierra para ir en persona al daño del Gran Soldán, el cual estaba en mucha diferencia y guerra con el señor de Damasco y con el de Alepo. Ninguna persona podía entender a qué parte o empresa quisiese ir el Gran Turco, porque unos decían que sería contra Rodas porque tenía mucho enojo del daño que allí su ejército había recibido sin que la tierra se ganase. Otros afirmaban que la empresa era contra el Soldán de El Cairo, como después fue la verdad.

Otros decían que el señor Mahometo quería ir a prender a Bayasit sultán, su primogénito, porque quería que Guien sultán, hijo menor suyo, quedase señor del Estado. Así por ser hombre más belicoso como por no tener más de un hijo y Bayasit tenía siete, por lo cual todo y, así mismo, porque Bayasit sultán pocos días atrás había hecho ahorcar un mensajero del padre que le fue a demandar ciertas cosas, según que adelante se dirá, el Gran Turco estaba de presente gravísimamente enojado contra él. Y por esto, según arriba es dicho, algunos creían que el ejército se hiciese para ir a castigarle, mas la certeza de ello, aun aquellas personas que daban de vestir al Gran Turco, no la pudieron alcanzar hasta que fue partido de Constantinopla.

Al fin del mes de abril del año de 1481, el Gran Turco con la su corte partió de Constantinopla. Yendo por sus jornadas llegó a Gallípolis, donde se pone la escala de los que en aquella parte marean. Estando, más adelante, el Gran Turco en aquella pradería de Arize esperando las gentes que para mediado mayo habían de ser con él, las cuales eran muchas y teniendo, según dicho es, en Gallípolis cerca de quinientas velas entre galeras y otros navíos, el primer día de mayo le dio un dolor en todo el cuerpo de que mucho se quejaba.

---

<sup>25</sup> Este relato se recoge en los capítulos CXII: Cómo el Gran Turco hizo venir su armada en Constantinopla, mandó ir a Amag bajá al socorro de Otranto y él se aderezó para ir contra el Soldán de El Cairo; capítulo CXIII: Cómo el Gran Turco partió de Constantinopla para ir contra el Soldán de El Cairo; capítulo CXIV: De la muerte del gran turco, sultán Mahometo, y de lo que después sucedió; capítulo CXV: Cómo sabida la muerte del Gran Turco, el campo se vino la vuelta de Constantinopla y fue muerto Mehemedi bajá por los jenízaros. Y de otras cosas que en aquel tiempo sucedieron; capítulo CXVI: Cómo por consejo de Zaud bajá y de Isaac bajá, Bayasit sultán fue obedecido por Señor en Constantinopla y mientras él venía fue jurado en su lugar Corcut Gelem, su hijo y capítulo CXVII: Cómo Bayasit sultán vino la vuelta de Constantinopla, luego como supo la muerte del gran turco Mahometo, su padre.

Sus físicos procuraron todo el remedio que fue posible y ellos sabían, pero no bastaron a que el dolor bajase, el cual según algunos escriben era de cólica pasión. Y toda su medicina no excusó que a tres de mayo, a las veintidós horas, el dicho Gran Turco no muriese, después de haber reinado treinta y un años y vencido y conquistado en aquel tiempo tantas batallas y tan innumerables ciudades y provincias, según arriba es dicho, en el cual afirman muchos escritores ser muertos a cuchillo más de trescientos mil hombres.

Muerto pues el señor Mahometo, todos los que a ello se hallaron lo tuvieron en gran secreto y luego esa noche siguiente uno de los cuatro visires, que son los cuatro principales consejeros del Señor, que de ellos se halló solo a la muerte del Gran Turco, el cual era de nación caramán de la ciudad de Caranto y había nombre Mehemedi, hizo meter el cuerpo en una carreta y sacarle todo lo interior.

Le hinchieron el cuerpo de miel y ordio y le tornaron a coser el lugar por donde le habían abierto. Así mismo, le barrenaron la cabeza y le sacaron los sesos. Por aquel agujero y por la boca, por las narices y orejas, le echaron todo el bálsamo que pudo entrar y le tornaron a cerrar aquellos lugares, lo cual mandó hacer Mehemedi bajá lo más secretamente que fue posible. Y así mismo proveyó, que por ser uno de los cuatro consejeros lo podía bien mandar, que toda la armada de mar y de tierra volviese la vía de Constantinopla dejando la Asia, donde al presente estaba.

Y para esto, puso personas que no dejasen en la Asia ningún navío de suerte alguna y él se vino con el cuerpo del Gran Turco hasta llegar a la mar. Y allí lo bajó de la carreta en que iba y lo metió en una galera, lo cual todo hizo Mehemedi bajá con pensamiento de hacer señor a Guien sultán. Y así luego que el padre murió, le hizo tres mensajeros a caballo haciéndole saber su muerte. Y le envió a decir que viniese a Constantinopla a todo gran caminar que pudiese él. Guien sultán, según arriba es dicho, estaba en su tierra de la Caramania y había de ser con el padre mediado el mes de mayo. Y ahora, tornará la historia a hablar de lo que en el campo del Gran Turco sucedió después de sabida su muerte.

A los cuatro días de mayo, luego por la mañana, se entendió por todo el campo la muerte del gran turco Mahometo y cómo el cuerpo era llevado la vía de Constantinopla, de lo cual cada uno de los caudillos, del mayor al menor, hubieron alteración muy grande.

Y así, con mucha prisa, se levantó el campo para ir la vía que el cuerpo del Turco iba. Pero primero pusieron recado para la guarda de los pabellones del Gran Turco, que la cámara y tesoro que allí traía, Mehemedi bajá había dejado personas que lo guardasen. Y así vino todo el campo para pasar en Constantinopla y, llegando al estrecho, hallaron que todos los navíos eran retirados de aquella banda por Mehemedi bajá, según arriba es dicho.

Visto esto, se comenzó en el real un gran bullicio murmurando la gente del dicho Mehemedi bajá, quejándose todos generalmente de él, de que hubiese así hecho tal descortesía y maldad y tenido tan gran desprecio de cuantos allí estaban en no solamente dejarles de hacer saber la muerte del Señor, mas aun quitarles que no pudiesen pasar en Constantinopla. Entre los otros, que se quejaban gravemente de Mehemedi bajá e indicaban el campo contra él, eran dos yernos del señor Bayasit, primogénito del Gran Turco. Uno de los cuales era belerbey de la Anatolia, llamado Cherseogli bajá, y el otro era el aga de los jenizaros, que quiere decir capitán mayor, y era llamado Casún.

Estos dos deseaban mucho que el Estado quedase con Bayasit sultán, su suegro, que a la sazón estaba en Capadocia. Y así, favorecían el partido del dicho su suegro cuanto les era posible. Y, entrambos, le enviaron mensajeros cada hora fiables dándole noticia de todas las cosas y, en especial, Cherseogli bajá hizo tomar luego los pasos de la tierra, matando caballos para ello, y puso en ellos grandes guardas para que ninguno pudiese dar aviso a Guien sultán ni se hiciese saber la muerte del señor Mahometo, su padre.

Y como el dicho Cherseogli era belerbey de la Anatolia, tenía mucho mando en toda aquella parte y como los pasos que se habían de guardar, para que Guien sultán no fuese avisado, eran todos en los confines de la ciudad de Catey, donde los belerbeys de la Anatolia residen el más tiempo, pudo Cherseogli bajá poner tan buen recaudo que fueron presto todos los tres mensajeros que Mehemedi bajá enviaba a dar aviso a Guien sultán presos.

Y porque el uno de ellos fue preguntado si llevaba cartas al dicho señor y él dijo que no y, después catándole, hallaron las cartas que Mehemedi bajá le había dado, fue luego ahorcado porque las negó. Los otros dos mensajeros que llegaron desde a poco y vieron al primero que estaba ahorcado, no negaron a lo que iban pero todavía fueron detenidos llegando el campo a la ribera del mar, según dicho es.

Fue habido consejo sobre lo que se debía hacer y luego fueron allí llamados los jenízaros, a los cuales el su aga o capitán les mandó que anduviesen por todas aquellas villas cercanas, a la costa de la mar, y trajesen todas las barcas de pescadores u otro cualquier navío que por allí hallasen, porque pudiera pasar en las dichas barcas a Constantinopla alguna gente a hacer venir navíos en que pasase toda la otra.

Los jenízaros hicieron a la misma hora lo que su capitán les mandó y así hallaron veinte barcas, las cuales fueron luego traídas al paso. Y era tan grandísima la furia y prisa de los jenízaros para entrar en las dichas barcas, que aunque al pasar no peligraron, pero si un poco de fortuna hiciera todas las barcas fueran anegadas porque llevaban el agua muy cerca del borde de tan cargadas como iban de la gente, mas por ser entonces bonanza pasaron todos a salvamento, en cada paso doscientos jenízaros.

Luego que los jenízaros fueron llegados en Constantinopla, con mucha furia de armas hicieron retornar la armada de la banda de la Anatolia para en que pasase el resto de la gente del campo. Mehemedi bajá estaba en este tiempo en Constantinopla. Y luego como supo la venida de los jenízaros, él cabalgó a caballo con algunos suyos y otros sus favoritos y allegados y vino al puerto a estorbar que la armada no pasase de la otra banda, mas no pudo remediar cosa alguna porque ya los dichos navíos eran apartados de la ribera.

Y así hizo luego entrar una barca, con la cual envió muchas amenazas a los de la armada para que retornasen a aquella parte. Pero los jenízaros llegaron luego junto a la ribera y enviaron otra barca a la armada diciendo que si retornaban los degollarían a todos. El capitán o aga de los jenízaros, yerno de Bayasit sultán, vino con muchos jenízaros para entrar en la armada porque le habían dejado allí algunas barcas en que fuese, y Mehemedi bajá le topó en la ribera y comenzó a hablar muy recias palabras y malas, así contra él como contra los que habían llevado la armada.

El aga de los jenízaros, muy enojado de lo que Mehemedi bajá entonces decía y antes había dicho, así a pie como estaba se fue contra él con muchos jenízaros para cortarle la cabeza.

Pero Mehemedi bajá, vista la furia de los jenízaros, se fue huyendo a Constantinopla con toda su compañía y se encerró y fortaleció en su casa, creyendo estar seguro en ella. Mas el aga de los jenízaros, con mucho número de ellos, fueron tras Mehemedi bajá y combatiéndole en su casa la tomaron por fuerza y a él hicieron piezas.

Robaron y pusieron a saco cuanto dentro estaba y, luego, le cortaron la cabeza y la pusieron sobre una lanza y la trajeron por toda la ciudad acompañándola siete u ocho mil jenízaros, diciendo a grandes voces: - viva el señor Bayasit sultán, que el traidor de Mehemedi bajá, esta es su cabeza.

Este Mehemedi bajá era mal querido en la corte y en todas las tierras del Gran Turco, porque siempre procuraba traer que era bien hecho juntar mucho tesoro y echar pechos nuevos en la tierra, de la cual causa el señor Mahometo, que solía de antes usar de grandes liberalidades con sus servidores, ya cuando murió no hacía nada de ello, antes tenía puestas muchas y nuevas imposiciones a todos los pueblos de los señoríos y esto, según dicho es, por consejo de Mehemedi bajá. Y así, a la mayor parte de la gente le plació su muerte y destrucción.

Venida en Constantinopla toda la corte y los jenízaros, alguna parte de ellos, de los que menos valían, no teniendo miedo ninguno de superior comenzaron a hacer algunas fuerzas y a robar por la tierra de Constantinopla. Y, así mismo, dentro en la ciudad mayormente robaron muchas casas de cristianos y toda la judería de que sacaron grandes despojos y aún fueron muertos en el dicho saco algunos judíos.

Al tiempo que todas estas cosas pasaban en Constantinopla, en la ciudad se hallaron hartos hombres de cuento, entre los cuales había dos más principales, llamados el uno Zaud bajá, que es el que se halló con el señor Mustafá en la conquista de la Caramania, y el otro, Isaac bajá. Y entrambos eran de los cuatro visires o consejeros mayores del señor Mahometo.

Todas las personas principales de la Corte, así mismo los jenízaros y toda la gente de la ciudad, se retrajeron a que hiciesen todos lo que estos dos señores ordenasen. Y por ellos fue estimado que hubiese de ser elegido por señor Bayasit sultán, como hijo primogénito del Gran Turco, su padre. Y porque él estaba ausente de Constantinopla, que hasta su venida estuviese en su lugar un su hijo que a la sazón estaba en Constantinopla, el cual se llamaba Corcut Gelem, el cual sería de edad de once años, y era hijo tercero del dicho Bayasit sultán. Todos los jenízaros y gente de la ciudad tuvo por bien de hacer lo que los dichos bajaes ordenaron y, juntada que fue la Corte para ponerlo por obra, Isaac bajá, que era el más viejo de ellos, los comenzó a hablar en esta manera.

Razonamiento de Isaac bajá a los jenízaros y otra gente de la Corte:

"Señores, hermanos y soldados muy amados, ya habéis entendido al presente la muerte del gran turco y señor nuestro, Mahometo. Y porque la cabeza de los señoríos y Estado suyo es Constantinopla, debéis creer que lo que ella como cabeza hiciere, ordenare y mandare, que aquello mismo harán los miembros de su cuerpo. Y así se ha de juzgar que aquel que vosotros señaléis aquí por Señor, no habrá nadie que lo contradiga. Y quien otra cosa hiciere, será justo que pierda el cuerpo en pago de la traición que en ello cometería.

Y porque al presente, Bayasit sultán no está aquí para que a él y en sus manos hagamos la solemnidad y juramento que como leales vasallos debemos, es acordado por algunas causas que de presente se ofrecen que todos nosotros juntamente sentemos en su lugar y silla del dicho Bayasit sultán, a Corcut Gelem, su hijo, que presente está. Al cual en nombre de su padre, por todo el tiempo que su venida se dilate, nosotros tengamos por Señor y por cabeza dándole aquella fidelidad que a su padre somos obligados, prometiendo unos delante de otros de tener a Corcut Gelem como a gobernador y lugarteniente de su padre aquella inviolable fe, que por haberla vosotros guardado de continuo al gran señor Mahometo y a los otros sus antecesores, sois loados por todo el mundo.

Y así os ruego y conforto, que como buenos y fieles servidores, perseveréis en el servicio y amor del gran señor nuestro Bayasit, del cual sed seguros que siempre habréis buena compañía. Y os certifico que podéis tener por cierto que, a todos los que aquí estáis, será crecido el salario antes que a sus propios secretarios y mayordomos ni camarlangos, porque en vosotros que es donde comienza su Estado es razón que comiencen sus mercedes y buenas obras.

Y así, en el nombre del dicho señor Bayasit, yo prometo y me ofrezco de hacer doblar a cada uno el salario según la entrada y acostamiento que al presente pareciere que tenéis, en tal manera que quien ahora tuviere de diez, de aquí adelante ha de tener veinte. Y así, a este respecto, todas las otras mercedes y pensiones que del Gran Señor tuvieseis.

Y no es razón que ninguno se queje porque el señor Bayasit haga esto que aquí digo, según lo que todos los que aquí estamos habéis hecho y hacéis así hasta ahora por el señor nuestro Mahometo y los otros sus antecesores, como al presente por Bayasit sultán, su hijo, el cual es tan rico señor y bueno que podría fácilmente hacer todas estas cosas y mercedes y otras muchas, así a vosotros, hermanos y compañeros muy amados, como a todos los otros que le siguieren y sirvieren.

Y aún no se ha de pensar que estas son mercedes, sino pago de la deuda en que el señor Bayasit a todos os es. Y como tal deuda la habéis de recibir. Y así mismo, allende de todo lo que he dicho, os prometo de haceros dar sueldo de veinticuatro lunas muertas sin que nada se os ponga en cuenta para el salario ordinario, y este sueldo será según el que adelante habéis de ganar y no según la estima de lo pasado. Y si alguno de vosotros, con poco entendimiento, ha hecho algunos robos o muerto a cristianos o judíos, con que desde ahora adelante no se hagan más, todo lo pasado se perdona. Y lo aprobará así Bayasit sultán antes que de su caballo se apee, pero sabed todos que el que de hoy en adelante hiciere robería ni fuerza alguna, pues que parece que ya es querer robar a los que obedecen al señor Bayasit, que pagará con la vida".

Acabada por Isaac bajá la presente habla, todos los jenízaros y otras personas de la Corte alzaron grandes alaridos diciendo: - viva el gran señor Bayasit y Dios guarde al su leal consejero Isaac bajá.

Los jenízaros señalaron luego cuatro personas, los cuales vinieron a hablar con el dicho Isaac bajá y con Zaud bajá y les dijeron cómo aún había algunas cosas por ordenar con el señor

Bayasit para el buen gobierno de su Corte. Por tanto, que les pedían que hiciesen jurar a Corcut Gelem que no comería dos veces después que su padre viniese hasta que otorgase aquellas cosas que ellos querían pedir y, así mismo, todo lo que Isaac bajá había ofrecido y también remediase algunas imposiciones y nuevos tributos que Mahometo sultán, su padre, había puesto por el mal consejo de Mehemedi bajá. De manera, que el señor Bayasit no solamente dejase de esta vez contenta la gente de guerra pero aun también los pueblos que hasta allí pagaban los tales tributos e imposiciones.

Isaac bajá y Zaud bajá tuvieron por bien todo lo que los jenízaros pedían y así hicieron que Corcut Gelem jurase de lo hacer cumplir a su padre. Y ellos, así mismo, lo juraron como sus fiadores y administradores. Así luego, todos los jenízaros y el resto de la Corte besaron la mano a Corcut Gelem, diciendo siempre cómo aquello era solamente hasta la venida del padre. Y así fueron luego por la ciudad muchas compañías dando grandes voces diciendo: - viva nuestro señor Bayasit sultán.

El derecho que Bayasit y Guien sultán, su hermano, tuvieron al Estado de su padre fue aquel que primero pudiera llegar a Constantinopla, porque fácilmente por la mayor parte de la Corte fuera recibido y obedecido. Y pudiera así mismo haber en poder el tesoro del padre, con el cual ligeramente acabara todo cuanto quisiera, según que Bayasit sultán, que fue el primero que a Constantinopla llegó, lo hizo según adelante entenderéis.

Los dos yernos del dicho Bayasit sultán, como atrás es dicho, y así mismo todos los otros sus amigos y los jenízaros que le querían seguir tuvieron manera que él supiese primero de la muerte del padre que Guien sultán, su hermano. Y así, luego como la nueva llegó, sin ninguna tardanza matando caballos y remudándolos, vino con poca compañía a Constantinopla. Y aun aquellos pocos que trajo consigo fueron de los que tomó en la postrimera jornada, que en el camino ninguno había podido tener con él.

Sabido en Constantinopla cómo Bayasit sultán llegaba, le salieron a recibir luego todos sus amigos y mucha otra gente. Ya él venía más acompañado porque había pasado por la ciudad de Nicomedia y muchos principales vinieron con él a acompañarle, aunque no le pudieron alcanzar hasta muy cerca de Constantinopla.

Parece que Bayasit sultán, en aquel tiempo, no se osaba fiar de ninguno aunque fuese de Cherseogli bajá o del aga de los jenízaros que eran sus yernos y, así, mandó a un su privado, el cual había nombre Casún y era eunuco, que él pasase a Constantinopla a saber si verdaderamente era muerto el gran turco Mahometo, su padre. Esto hizo Bayasit sultán dudando si el padre le quería engañar, porque estaba muy mal enojado a causa que pocos días atrás el dicho Bayasit sultán había hecho ahorcar un mensajero del Gran Turco, su padre, el cual él había enviado en Amasia para traer un armenio rico que allí vivía a poblar con su familia a Constantinopla.

Y porque este armenio era gran amigo de Bayasit sultán no le quiso dejar traer, antes hizo grande reprensión al mensajero del padre diciendo que él se volviese sin hacer otra cosa porque no daría lugar a ello. El mensajero dijo que no se quería partir sin cumplir la comisión y mandado que traía del Gran Turco. Bayasit sultán, enojado de aquella respuesta, le hizo ahorcar. Y así, cuando ahora llegó a Constantinopla, dudaba que Mahometo, su padre, el cual había habido a mucho mal lo que Bayasit había hecho con su mensajero, no quisiese

hacer con él aquello que hizo pocos años antes el señor Usún Casán con otro hijo suyo, el cual había nombre Ugurli Mehemedi, según aquí veréis”.

## **IV**

### **Crueldad y estereotipo<sup>26</sup>. Inflación de mentiras, traiciones y muertes en favor del poder**

“Después que sultán Amag hubo enteramente el señorío de la Caramania, procuró de recobrar todas las otras tierras que pudo de la Anatolia, según atrás se ha comenzado a contar. Y esto era en tiempo que ya el señor Selim estaba en los tres sanjacatos que el Gran Turco, su padre, le había dado.

Tantos fueron los daños que sultán Amag andaba haciendo en la Anatolia, que los jenízaros y toda la otra gente de guerra de la Corte del Gran Turco se alborotó mucho cuando vinieron las nuevas de ello, diciendo que había de ser ásperamente castigado un desacato tan grande como el de sultán Amag. El señor Bayasit, así mismo, recibió de ello muy gran enojo y mandó con mucha brevedad hacer un grueso ejército para enviarle en la Anatolia contra su hijo sultán Amag.

Pero todos los visires, belerbeys y aga de los jenízaros dijeron que, en manera del mundo, ninguno de ellos iría contra la sangre otomana, salvo si no fuesen llevando otro de la misma sangre por capitán general de la empresa. Eran entonces de mucha autoridad cerca del señor Bayasit, Cherseogli bajá, su yerno, y Mustafá bajá, el cual era uno de los cuatro visires y fue aquel que el dicho señor Gran Turco envió por su embajador al Papa Inocencio, según que en el capítulo CXL de esta crónica se contó, (envió con él, al dicho señor Pontífice entonces, el hierro de la lanza con que fue abierto el costado de donde manó la redención del linaje humano).

Estos dos bajaes persuadieron al Gran Turco perdiese el enojo que tenía de su hijo Selim y le hiciese venir en Constantinopla y le diese la empresa contra sultán Amag, diciendo que de allí no podía resultar sino mucho bien porque cualquiera de aquellos sus dos hijos que quedase vencido o muerto sería haber castigado un traidor con otro. Al señor Bayasit pareció bien este consejo porque no hallaba capitán que se quisiese encargar de aquella empresa, y él no osaba de pasar en Asia contra sultán Amag dejando a Selim en Europa, pareciéndole que estando él y su ejército ausentes se podría fácilmente alzar con el Imperio. Y así, poniendo por obra lo que los dos bajaes susodichos le aconsejaron, escribió de su mano a sultán Selim para que luego como aquella letra recibiese se viniese sin detenimiento alguno donde él estaba.

---

<sup>26</sup> Este relato se recoge en los capítulos CLXXII: Cómo sultán Selim vino a la Corte del Gran Turco, su padre, y fue por favor de los jenízaros hecho Señor, su padre depuesto del Estado y, desde a pocos días, muerto; capítulo CLXXIII: Cómo sultán Selim comenzó a reinar y de las mercedes que a la gente de guerra hizo al tiempo de su creación; capítulo CLXXIV: Cómo el señor Selim fue contra sultán Amag, su hermano, y le desbarató; capítulo CLXXV: Cómo Corcut Gelem fue desbaratado por la gente de Selim y él, desde a pocos días, muerto; capítulo CLXXVI: De ciertos daños que Selim, Gran Turco, mandó hacer en tierras de cristianos. Cómo Mustafá bajá fue muerto por mandado del Gran Turco y, así mismo, los hijos del señor Alen Siach, su hermano y capítulo CLXXVII: Cómo sultán Amag tornó a haber otra batalla con Selim y fue en ella desbaratado y preso y, después por mandado del dicho Selim, muerto.



En este mismo tiempo, Corcut Gelem, el otro hijo del Gran Turco que hacía su residencia en Maguesia, según dicho es, fue avisado por algunos amigos y servidores suyos de lo que en la Corte de su padre pasaba. Y partiendo luego de donde estaba, vino por mar con algunas galeras a Constantinopla. Y antes que desembarcase, los jenízaros supieron su venida y con mucho alboroto vinieron a decir al Gran Turco que enviase a preguntar a Corcut Gelem la causa de su venida.

El señor Bayasit hizo lo que los jenízaros quisieron. Y lo que Corcut Gelem respondió fue que, como estando en su sanjacato de Maguesia había sabido que sultán Amag, su hermano, venía con gran ejército contra él y que por excusarse de no haber con él batalla por no ser causa de muerte de tantas gentes, había desamparado la tierra y se venía a hacer su vida en Constantinopla, en una casa de placer que allí tenía, conociendo que sultán Selim, su hermano, le tenía grande amor y lo habría por bien. Porque si los jenízaros no holgaban de que entrase en Constantinopla, que él dejaría de saltar en tierra y se iría donde ellos tuviesen por bien.

Sabida por los jenízaros y otra gente de guerra de la Corte la respuesta de Corcut Gelem, dijeron que ellos holgaban que entrase en la ciudad y estuviese en ella hasta saber si la voluntad del señor Selim era que se hiciese otra cosa. Así Corcut Gelem entró en Constantinopla y, besado que hubo las manos al padre, secretamente le envió a rogar con algunos de sus amigos le quisiese hacer traspasación del señorío, según que él muy liberalmente lo había renunciado en el dicho Gran Turco, su padre, al tiempo de la muerte del señor sultán Mahometo, como en el capítulo CXXII de esta crónica se cuenta.

Sultán Bayasit le envió a prometer que él haría esto de muy buena voluntad luego como Selim hubiese pasado en Asia, porque si antes lo quisiese hacer y poner en obra sería imposible salir con ello. Sultán Selim desde a pocos días llegó en Constantinopla, donde fue recibido con increíble placer de la gente de guerra y jenízaros, los cuales muy lejos de la ciudad le salieron a recibir.

Venido que fue a la presencia del padre, ligeramente alcanzó perdón de todos sus desacatos diciendo al Gran Turco con alegre gesto que, pues él había recibido castigo de algunas de sus desobediencias, que era razón que todas le fuesen perdonadas mostrando tener tanto arrepentimiento de ellas. Luego que Selim fue llegado a la Corte de su padre, comenzó con dones y con promesas a hacerse mucho más amigo de todos los capitanes y principales soldados de la Corte que aun antes era.

Pero Corcut Gelem no curaba de hablar con ninguno sobre esto pareciéndole que pues él tenía ganada la voluntad del padre, que era peor dar a entender a ninguno de los capitanes que procuraba de hacerse Señor, pues que podía ser que alguno de ellos lo hiciese saber a Selim y su propósito no hubiese efecto. Y de otra manera pasando Selim en la Anatolia, la mayor parte de los capitanes y gente de guerra de la Corte irían en su compañía. Y entonces él se podría pacíficamente hacer Señor, pues no habría quien se lo estorbase y el Gran Turco, su padre, le había certificado que holgaría de ello.

Pero en aquel caso pareció bien que la liberalidad y buena industria traen al deseado fin cualquiera cosa por difícil que sea, porque el día que Selim se hubo de publicar por capitán general de la empresa contra sultán Amag, su hermano, no en capitán pero Emperador fue

llamado por los jenízaros y toda la otra gente de la Corte con muy gran ruido y placer universal.

Mustafá bajá, principal autor de aquel caso, fue enviado luego por los jenízaros a Bayasit a decirle que renunciase la Señoría en sultán Selim, si no que incontinentemente entrarían todos a hacerle pedazos. Bayasit, que como atónito de las voces que los jenízaros daban había salido a una sala, tuvo por bien de dar aquello que ya estaba fuera de su poder. Y así, entrando luego Selim en el palacio y en la misma cámara donde el padre estaba, le dio Bayasit la espada, la cual él se ciñó. Y se sentó en la silla y lugar imperial. Y luego el padre, hincada la rodilla, le besó la mano.

Hecho esto, Selim tornó a salir del palacio y otra vez fue gritado por Señor por los jenízaros y toda la otra gente de guerra. Y anduvo por la ciudad con todas las debidas ceremonias que entre ellos se acostumbraban hacer en la creación de nuevos señores.

En este movimiento, Corcut Gelem, espantado, huyó en las galeras a su Estado de Maguesia. Y sultán Bayasit, recogiendo todas sus joyas y perlas, con las lágrimas en los ojos y maldiciendo al perverso hijo y los que le habían ayudado a deponer de su Estado, se partió de su antigua silla e imperial ciudad de Constantinopla para ir a vivir los pocos y tristes días que le quedaban a Dimotico, ciudad muy deleitosa sobre el mar Mayor. Y como en el camino hubiese adolecido de la mucha tristeza y desconforto que llevaba, Selim hizo que un médico judío, que era el principal de los que le curaban, le diese una medicina venenosa con la cual presto le echó de esta vida, habiéndosele primero caído las uñas y los dientes con la fuerza de la ponzoña.

Fue el tiempo que Bayasit vivió setenta y cuatro años. Tuvo el señorío treinta y un años, como lo había tenido sultán Mahometo, su padre, y sultán Amurat, su abuelo. Se tuvo por cierto, haber sido la causa de su muerte, que el señor Selim hubo miedo de dejarle vivo teniendo él necesidad de pasar en Asia contra sultán Amag, porque no pudiese tornar a recobrar el Imperio. Y que así mismo lo hizo de avaricia, madre de toda crueldad y vicio, pareciéndole mal que el viejo llevase consigo todas las joyas y piedras preciosas que habían sido allegadas por tantos Señores pasados, teniendo él al presente tanta necesidad de satisfacer a la infinita obligación en que los jenízaros y otra gente de guerra le habían echado. Pues no habían tenido en mucho ser traidores por hacerle señor del Estado, para lo cual no bastaba el dinero que en el tesoro de su padre halló, según que adelante se dirá.

Al tiempo que sultán Selim fue alzado por Señor, Corcut Gelem, que en Constantinopla estaba, se retornó a gran prisa en el su sanjacato de Maguesia según atrás se ha dicho. Y viendo después cómo sus hermanos tenían entre sí tan cruel guerra, él hizo un ejército de asaz número de gente, que dineros para pagarla hartos le había dado su padre la postrimera vez que en Constantinopla estuvo, según que todos tenían por cierto.

En Constantinopla se supo aquella nueva, aunque nadie podía saber si Corcut Gelem había hecho aquella gente para ayudar a sultán Amag, a Selim o por hacerse él Señor. Los gobernadores que en la dicha ciudad habían quedado con el señor Suleymán, único hijo de sultán Selim, hicieron ir contra él un buen ejército por tierra y, así mismo, enviaron alguna armada con artillería por la mar. Luego que esto fue sabido por Corcut Gelem, él juntó la más gente que pudo y vino en la tierra de Setelia a esperar el ejército de Constantinopla, el

cual era igual del suyo pero le tenían de ventaja que se podían socorrer de la mar de gente y artillería, lo cual al otro no era posible hacer.

Y así dándole la batalla un viernes, a una hora de salido el sol, aunque la porfía de ella duró más de tres horas, al fin Corcut Gelem fue desbaratado y a gran prisa se fue huyendo en Maguesia. La gente de Constantinopla con la armada tomaron a Setelia, hallaron en la dicha ciudad los hijos de Corcut Gelem que con él habían venido y los enviaron luego al señor Selim, que a la sazón era retornado en Bursa después de haber vencido a sultán Amag.

Selim hubo grandísimo placer con la nueva del vencimiento de Corcut Gelem, porque había sido casi en el mismo tiempo que él venciera a sultán Amag. Y a aquellos sus hijos, que allí le trajeron presos, los hizo luego a todos descabezar. Y como le hubieron certificado que el dicho Corcut había huido en Maguesia, él partió luego para allá con todo su ejército a muy gran prisa, aunque todavía tardó algunos días en el camino porque la gente venía cansada, así de los trabajos pasados como del camino presente, que era de harto número de leguas.

Llegado que fue Selim cerca de Maguesia, hizo trasnochar cierta gente para que sin que nadie los sintiese cercasen la ciudad alderredor antes del día, porque Corcut Gelem no se le pudiese ir. Pero como Corcut supo la venida de su hermano, antes que aquella gente pudiese llegar a cercarle la ciudad, él salió con solos dos servidores. Y yéndose escondidamente huyendo de ella y yéndose hacia la marina de Esmirna, se escondió en una cueva esperando alguna fusta para poder pasar en Rodas. Pero aquello no fue posible hacerse porque Bostanci bajá, yerno del señor Selim, con algunas galeras guardaba todas las riberas de aquella marina. Puesto por el hambre suyo y traición de uno de aquellos esclavos que con él estaban, fue hallado preso y traído al señor Selim, su hermano, el cual incontinentemente le mandó ahogar con una cuerda de un arco.

Al tiempo que Corcut Gelem huyó de Maguesia y fue preso por la gente de Selim y después ahogado, se quiso decir en la Corte del Gran Turco que Mustafá bajá, belerbey de la Grecia, le había dado aviso para que huyese antes que la gente del hermano le pudiese cercar la ciudad, pareciéndole que por haber él principalmente puesto en el Estado a Selim, había sido causa de muertes de tantas personas de la sangre otománica como Selim hasta entonces había hecho matar.

El señor Selim tuvo esto por cierto porque no solamente se lo afirmaron algunos sino que le trajeron la carta que decían que Mustafá bajá había enviado a Corcut Gelem. Y como él hiciese llamar al dicho Mustafá bajá y le mostrase la carta, él dijo que aquella letra no era suya ni sabía quién a Corcut la hubiese enviado, y que a esto él pondría su cuerpo a quien quiera que lo contrario dijese. Pero el señor Selim no se lo quiso creer, antes incontinentemente le hizo ahogar y echar el cuerpo desnudo a los perros en la calle pública.

Y de esta manera fue remunerado Mustafá bajá de todo lo que por Selim había hecho, porque más pesa un deservicio cerca de un Señor cruel que la obligación de cuantos servicios le pudiese haber hecho.

En este mismo tiempo, desde Maguesia, el señor Selim envió a correr la tierra de Dalinciria. Y, así mismo, en el señorío del conde Juan de Cormania fueron por su mandado hechos grandes daños, los cuales él hizo por mostrarse tan poderoso Señor que, teniendo guerra con sus hermanos, podía hacer correrías por toda la Cristiandad. Luego que Corcut Gelem fue

muerto y sojuzgada la tierra y comarca de Maguesia, el señor Selim fue con todo su ejército la vía de Angori. Y hallando en la dicha ciudad los hijos del dicho señor Alen Siach, su hermano mayor, y de los otros sus hermanos que ya eran muertos, que allí estaban desde el tiempo de sultán Amag, él los hizo a todos cruelmente matar.

Sultán Amag se fue huyendo a la tierra del Sufis, al tiempo que Selim lo desbarató, como atrás se ha dicho. Y él y sultán Amurat, su hijo, pudieron tanto con el dicho señor Sufis que les dio una buena banda de caballos persianos valientes y bien armados y mucho número de gente de a pie. Y allegando sobre esto todo lo más que pudieron, vinieron con un grueso ejército en tierra de Amasia e hicieron pedazos a todos aquellos que allí se pudieron hallar que la voz de Selim tuviesen. Y así pasando adelante se fueron la vuelta de Bursa, donde sultán Amurat adoleció de cierta ponzoña que le dieron. Y llegando al punto de la muerte, fue retornado en hombros en una ciudad donde el señor Sufis le vino a visitar. Y le halló mudados los cueros y las uñas de la fuerza de la ponzoña y, a él, que no se podía tener en pies.

Sultán Amag pasó por la Anatolia adelante, con la gente que él y el hijo llevaban, estragando toda aquella tierra que tan desconocida le había sido. Y así, a los catorce días de abril de 1513, él llegó a poner su campo cerca del monte Herminio, el cual es asaz vecino a Bursa. El señor Selim, que había venido a topar con sultán Amag, se vino a alojar aquel mismo día a menos de dos millas de su campo.

Y si sultán Amag diera la batalla al tiempo que llegó, y punto que tuvo harto tiempo para darla porque aún estaba por pasar mucha parte del día, y Selim se la holgara de dar, él hubiera ganado la jornada, porque Selim no traía tanta ni tan buena gente con él como él. Pero quiso esperar a darla el día siguiente, pareciéndole que su gente tenía alguna necesidad de descansar. Y esto le fue a él causa de mucho daño, porque aquella noche se vino en el campo de Selim para le ayudar el Señor Tártaro, su cuñado, llamado Cañogli, con más de treinta mil turcos.

Venido el día siguiente por la mañana, luego los dos ejércitos se juntaron. Y todavía sultán Amag llevaba del campo a Selim, mas los capitanes de tres escuadrones suyos, que secretamente tenían hecho su concierto con Selim por hacerle perder la jornada, sin romper volvieron con toda la gente que tenían a huir, que ninguno de ellos entró en la batalla, de manera que de necesidad hubo de ser roto sultán Amag. Y cayéndole el caballo encima, como era hombre grueso y poco diestro en las armas, no pudo ni acertó a desenvolverse del dicho caballo. Y así luego fue por los enemigos preso y llevado delante del señor Selim, el cual de la misma manera que a Corcut, lo hizo luego cruelmente ahogar.

Y de esta manera, según aquí se ha dicho, murieron a manos de Selim, su padre y hermanos y todos sus sobrinos, sacado sultán Amurat, que desde ha largos días murió en tierra del Sufis de aquella dolencia que en este capítulo se ha hecho mención”.

## V

### **Perlita final con sabor persa<sup>27</sup>. La salva, ceremonia y muertes**

“Habiendo quedado Jacob Pansa, con la muerte de su padre y hermanos, por Señor de Tauris y la Persia, él se casó con una hija del señor de Sumaquia, la cual era asaz hermosa. Y traído que la hubo en su reino, tuvo en su compañía algún tiempo a aquella su hermana que era mujer de Sycaidar. Y mientras que allí estuvo, que fueron asaz días, siempre la dicha mujer de Jacob Pansa vivió bien, honestamente y fue bien estimada de la gente. Pero como ella de su condición fuese lujuriosísima, queriendo tener más lugar para sus deshonestidades de lo que la vecindad de su cuñada le daba, pudo tanto con el marido que le hizo echarla de casa diciendo que no le parecía ser casada mientras aquella su cuñada allí estuviese.

Salida que fue de casa de Jacob Pansa aquella su hermana, mujer de Sycaidar, la suya se enamoró de un señor de los principales de la Corte y el más cercano pariente de su marido, de tal manera que si Jacob Pansa moría sin hijos, era aquel el que de Dios lo había de heredar. Y como nunca tras hacer un mal se dejan de cometer otros muchos, la mala mujer y aquel su amigo, que Saluber había nombre, desde algunos días que aquella traición hacían, concertaron de matar al marido y casarse.

Y para poner esto por obra, ella se informaría escondidamente de médicos y otras personas que lo sabían, sin que pareciese que lo preguntaba con algún mal propósito, qué era lo que podía una persona comer que lo matase sin sentirlo. Cada uno de aquellos médicos y de los otros, a quien ella preguntaba esto, le decían todo lo que de ello sabían. Y cuando ella estuvo bien informada de lo que para esto era menester, un día de verano hizo aparejar para su marido un baño con muchas cosas odoríferas, según que para él muchas veces se acostumbraba hacer.

El señor Jacob Pansa entró en el dicho baño y metió consigo un su hijo de siete u ocho años, a quien él mucho quería, para que juntamente se bañase con él. Y después de un gran rato que lo hubieron hecho, él se salió del dicho baño y se fue para el aposento de su mujer, la cual mientras él se bañaba había hecho aparejar muchas conservas y otras cosas sabrosas de comer y, en un vaso de oro, cierto vino mezclado con una bebida ponzoñosa, porque sabía que el señor Jacob Pansa tenía por costumbre de demandar colación y de beber todas las otras veces que salía del baño.

Y así, luego que él fue entrado en su cámara, ella se le puso delante con el dicho vaso y una dama suya con un plato de cosas de azúcar y le comenzó a hacer más amores que en toda su vida le había podido hacer. Pero porque ella venía con algún temor y algún tanto demudada al parecer, el señor Jacob tomó un poco de sospecha. Y también porque de antes él no estaba satisfecho enteramente de ella, así por el echar de la hermana como por otras muchas señales que había visto que no le parecían bien, aunque la falsa ramera se sabía siempre tan bien excusar que Jacob Pansa quedaba creyente a lo que ella quería, aunque siempre con algún poco de sospecha y desagrado de sus cosas.

Y por tanto, cuando ella se le puso delante así demudada abrazándole y besándole, comiendo de aquello que la doncella tenía en el plato, él comió así mismo mucha parte de ello. Y

---

<sup>27</sup> Este relato se recoge en el capítulo CLXXX: Cómo Jacob Pansa se casó y de qué manera, él y su mujer, fueron muertos.

cuando la mujer le puso la copa en la mano, él la dijo que porqué no le hacía la salva de lo que en el vaso venía como le había hecho de las cosas de comer que la doncella traía en el plato. Ella respondió que porque no había gana de beber. Pero diciéndole el marido que en todo caso le tuviese compañía, ella no osó hacer otra cosa y bebió. Y luego el marido hizo otro tanto y, así mismo, aquel muchacho que con él había entrado en el baño.

Y siendo esta colación a hora después de puesto el sol, cuando llegó la medianoche ya, a todos tres, les eran salidas las almas. La mañana siguiente, luego se supo en la Corte cómo el señor Jacob, su hijo y su mujer, eran muertos, de lo cual todos los barones y personas principales fueron en gran confusión, hicieron prender a los boticarios y otros maestros de confaciones, a las mujeres de la cámara y cocineros y otras muchas personas.

Y como hubiesen atormentado a algunos de ellos, luego se supo que la señora había hecho aquello. Y aunque por ser enamorado Saluber, heredero del Estado, no se hizo contra él cosa alguna, pero toda la Persia se puso en gran movimiento y muchos parientes del señor Jacob Pansa, aunque también lo eran del que tomaba el señorío, se fueron de la Corte y tomaron algunos lugares y fortalezas, desde las cuales hacían saber a Saluber toda la guerra y enemistad que les era posible”.

**FIN**